

MIQUEL OBIOLS
EL MISTERIO DE BUSTER KEATON

Título original:

El misteri de Buster Keaton

Diseño colección: Miguel Ángel Pacheco

TRADUCCIÓN DE ANGELINA GATELL

ILUSTRACIONES DE CARME SOLE

ESPASA-CALPE, S.A. MADRID



Primera edición: marzo, 1987

Segunda edición: octubre, 1992

Editor original: Abadía de Monserrat

© Miquel Obiol, 1980

© Ed. cast.: Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1987

Depósito legal: M. 29.952-1992

ISBN 84-239-2772-5



Impreso en España

Printed in Spain

Talleres gráficos de la Editorial Espasa-Calpe, S. A.

Carretera de Irún, km. 12,200. 28049 Madrid

ÍNDICE

1. <i>El lanudo</i>	5
2. <i>El nadador</i>	7
3. <i>La señorita Sacapuntas</i>	18
4. <i>La tienda</i>	25
5. <i>¡Amooooooooooooor!</i>	29
6. <i>Semilla de pedo, con morro y oreja de señor</i>	32
7. <i>El misterio de Buster Keaton</i>	37
8. <i>La revolución del abecedario</i>	44
9. <i>Al revés</i>	46
10. « <i>Pisum sativum</i> »	51
11. <i>Mosquito Culex</i>	57

Miquel Obiols es un joven autor catalán que empezó a estudiar Farmacia y lo dejó para licenciarse en Filología Románica.

En 1977 publicó *¡Ay Filomena, Filomena!*, y desde entonces no ha parado de escribir guiones para televisión y libros:

Datrebil, 7 cuentos y 1 espejo (AJ 18), *El misterio de Buster Keaton*...

Es guionista y director de los programas de televisión *El planeta imaginario* y *El bigote de Babel*. Le interesa muchísimo el teatro, el cine y jugar con el lenguaje.

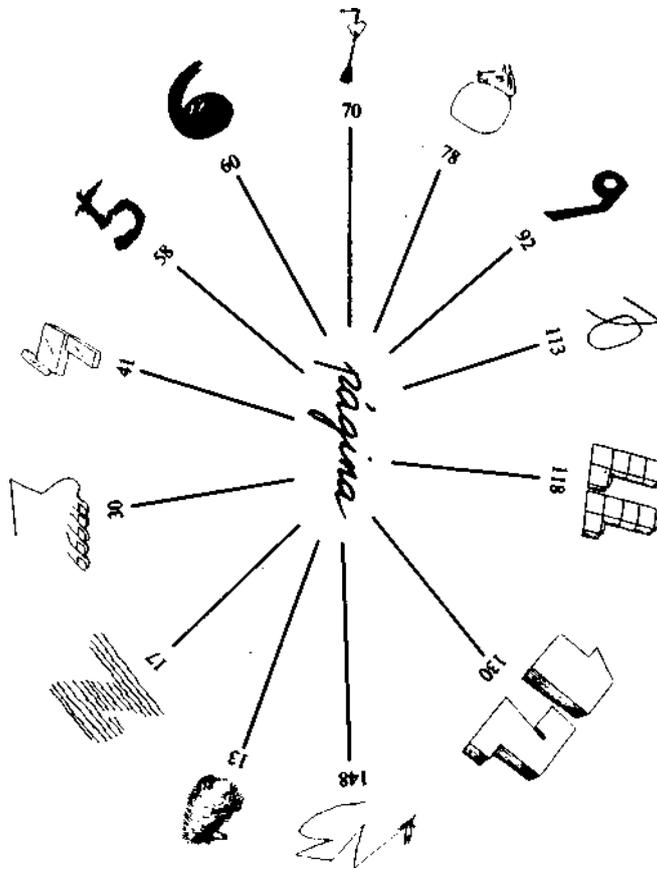
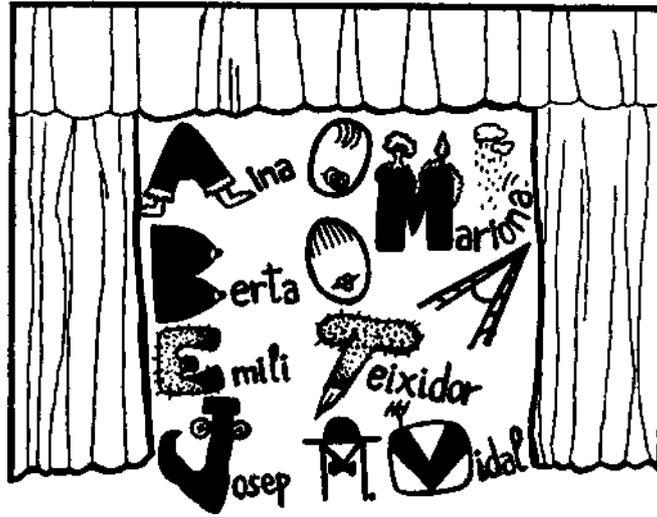
Vive en Barcelona, rodeado de mujeres, su mujer y sus dos hijas. Pero no ha olvidado sus raíces pueblerinas. Sus vivencias infantiles mezcladas con la realidad más actual son el germen de sus historias sobre mundos imaginarios.



Carme Solé, la ilustradora, nació en Barcelona, y vive y trabaja en el barrio de Horta.

Ha ilustrado más de 100 libros y algunos cuentos escritos por ella misma. Publica en diversos países. Se declara amante del teatro, la música, el cine, la lectura, el mar... y es una «busterkeatoniana» incondicional.

Ha recibido casi todos los premios, entre ellos el Nacional, 1979, el Lazarillo, 1980, el Cataluña, 1984. Es una verdadera fan de Miquel y ha disfrutado mucho ilustrando este libro.



Este conjunto de trece cuentos lo puedes leer como si jugases a «Una, dola, tela, catola». O sea, haciendo girar un dedo sobre el círculo de números, mientras vas recitando esta cantilena eliminadora:

*Una, dola,
tela, catola,
quina, quinete,
estaba la reina
en su gabinete.
Vino Gil,
apagó el candil,
candil candilón,
cuenta las veinte
que las veinte son.*

El número que coincida con la palabra «son» puede ser el del primer cuento que leas (debajo de cada número he puesto el de la página correspondiente). Y así puedes ir siguiendo el orden de la lectura, si es que no te cansas.

P.D.: No es necesario que diga que también se puede leer en el orden que se prefiera.



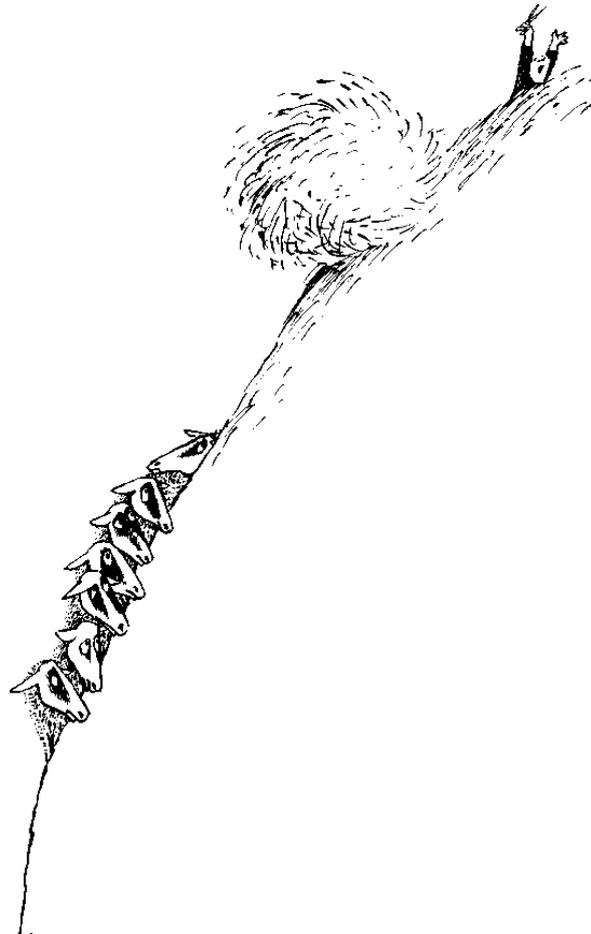
El lanudo

Sé de un cordero que no se deja esquilarse la lana.

Cuando alguien se acerca para atraparlo se pone a balar como un loco: «¡¡Be-be-be-be!!», encoge las cuatro patas, se enrosca hasta parecer una bola de nieve y rodando por los prados escapa de sus perseguidores.

Después, cuando ya se encuentra fuera de peligro, se estira, se sacude y empieza a pasearse muy ufano, arrastrando girones de lana por todas partes.

Los otros corderos del rebaño le tienen miedo.



Él los amonesta: «¡Be-be-be-be, borregos, be-be-be-be-be! Os dejáis esquilarse la lana y, claro, os enfriáis, estúpidos! ¡Os roban la lana y después la utilizan ellos, borregos! ¡Be-be-be-be!»

Los del rebaño no saben qué decir y sólo contestan con un «be» muy tímido.

El cordero lanudo, al verlos tan apocados, todavía se enfada más: «¿Sólo sabéis decir be-be? ¡Sois más bobos que los bobos más requetebobos! ¡Bobalicones! Os habéis dejado afeitar la lana y ahora parecéis sonrosados lechones en pijama. ¿Sabéis lo que ellos hacen con vuestra lana? Pues hacen jerséis, vestiditos, mantas, alfombras y otras muchas "lanerías". ¿Y aún decís be-be? ¡No tenéis vergüenza! ¡Os toman el pelo y

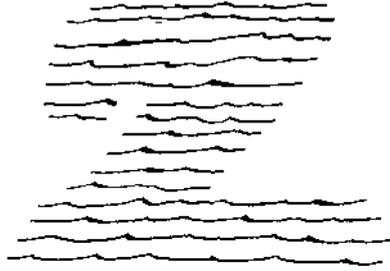
vosotros be-be!»

Los desventurados y ateridos corderos escuchan a su compañero y tal vez piensan que tiene razón, pero ellos sólo saben balar y nada más.



Bajan tímidamente la cabeza, se hacen un lío con las patas y se alejan en rebaño por los caminos de Mastica-Hierba esperando que les vuelva a crecer la lana. El lanudo, orgulloso de su discurso, da media vuelta y sube por las lomas como un rey solitario. La lana se le derrama por los costados. Todo él es un montón de lana.

De lejos parece una enorme capa lanuda que anda sola.



El nadador

—¡Alfresco! ¿Es verdad que te han dado una calabaza así de grande en matemáticas?

—Sí, es verdad.

Pero todo el mundo tiene un suspenso en matemáticas un día u otro a lo largo de su vida escolar. Todo el mundo, menos los tres o cuatro empollones de siempre. Y no llega la sangre al río por eso. Y, si no está nublado, al día siguiente vuelve a salir el sol.

—¡Alfresco! ¡Te han suspendido en matemáticas!

—Ya lo sé.

Y es que, si os paráis a pensar un momento, os daréis cuenta de que los números no se parecen en nada, absolutamente en nada, a los peces; ni las divisiones tienen nada que ver con las algas; ni las raíces cuadradas, con las olas que se levantan después del temporal. ¿Creéis que se puede comparar un problema de sumas y multiplicaciones con un buen chapuzón en el mar? Por eso, a Alfresco, el suspenso en matemáticas no le quitaba el sueño.

—¡Alfresco, si no estudias no llegarás a ninguna parte!

Pero Alfresco no quería llegar a ninguna parte.

Además, si los problemas se pudieran resolver utilizando los cuatro estilos más conocidos, ya veríais cómo Alfresco encontraría siempre los resultados exactos.

Colocaría las sumas horizontalmente sobre el agua, al estilo *crowl* y al libre; después haría un poco de braza y las multiplicaciones respirarían mejor. Si fuera conveniente, pondría al conjunto de espaldas y, por fin, dividiría el resultado por un salto, lo sacaría fuera del agua y acabaría haciendo la mariposa.

—De nadar sabrás mucho, Alfresco, pero lo que es de matemáticas...

—Tenéis razón.

Alfresco era el mejor nadador de la escuela, el mejor de la ciudad, el mejor del país. Es posible que fuera también uno de los mejores nadadores del mundo, pero eso ya no lo podemos afirmar.

Decían que sólo los peces, los mejores peces, los de raza más marina, nadaban como Alfresco.

Las malas lenguas murmuraban que la madre de Alfresco era una sirena, y su padre, un bacalao. Pero sin duda eran calumnias ya que nadie había visto jamás que por debajo de la bata de flores de la señora Fría asomase ninguna cola de pez, ni nadie podía afirmar que el señor Frío tuviera cara ni hechos de bacalao. Mentía quien hacía correr semejantes barbaridades.

Lo que sí era cierto es que la familia F. se pasaba media vida junto al mar. Y, como es natural, Alfresco lo aprovechaba para entrenarse para llegar a ser un campeón.

Un día, en que el mar estaba tan en calma que la línea del horizonte parecía encontrarse a cuatro brazadas, Alfresco supo de pronto cuál era el sitio adonde él deseaba llegar.

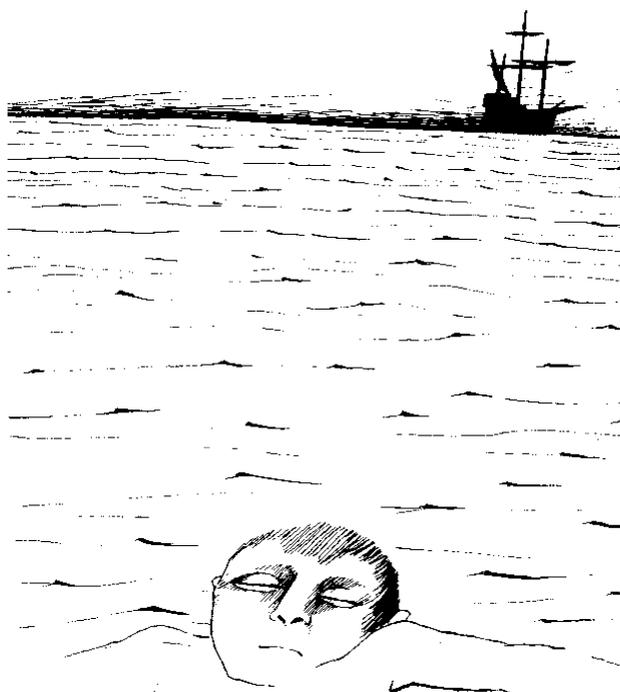
—De acuerdo, Alfresco, pero sólo hasta la línea del horizonte. Después te vuelves porque podrías coger frío —le dijeron sus padres.

El cuerpo de Alfresco, robusto, vigoroso y reluciente, saltó desde lo alto de las rocas y, como una flecha, desapareció en el mar. Cuando volvió a la superficie, se encontraba ya a más de dos kilómetros de distancia. Nadaba sin ningún esfuerzo, con movimientos rítmicos y enérgicos. Cada media milla emergía y volvía a sumergirse.

El agua se deslizaba por sus costados sin mojarlo. Las olas se mecían tímidamente y las manchas de sol se deshacían a su paso.

Cuando ya estaba seguro de que iba a alcanzar el horizonte, cuando se encontraba mar adentro, muy adentro, se dio cuenta de que el horizonte, estrecho y fino, se recortaba todavía mucho más allá. Pensaba que el horizonte estaba muy cerca y se había equivocado. Para llegar a él, tenía que nadar mucho más.

—Ahora ya eres mío, horizonte. No te me escaparás —dijo Alfresco solo como una mona en medio de la inmensidad del mar.



Pero cada vez que pensaba que ya iba a tocarlo con las manos, que al fin iba a atraparlo, se daba cuenta de que el horizonte estaba mucho más lejos aún, como si no fuera el mismo de antes. Y Alfresco seguía nadando.

—¡No retrocederé hasta que no haya llegado a la línea del horizonte! —gritaba impotente, rodeado de agua por todas partes y ya un poco fatigado.

Alfresco era un gran nadador, pero los grandes nadadores también se cansan, sobre todo después de hacer esfuerzos titánicos durante tanto tiempo seguido. El muchacho empezaba a desfallecer.

De pronto, su cuerpo extenuado fue vencido por una sucesión de olas muy atrevidas y se quedó rígido, flotando como un pedazo de corcho.

Después de largo rato, cuando ya todo parecía perdido (Alfresco empezaba a tener cara de ahogado), pasó por aquellos mares solitarios un terrible buque pirata, de esos que llevan bandera negra y calavera blanca.

—¡Muerto a la vista! —gritó el vigía de la tripulación.



Los piratas pescaron a Alfresco como si fuera un bizcocho empapado. Como eran unos piratas muy sanguinarios, al descubrir que Alfresco no estaba muerto lo reanimaron con aguardiente y decidieron que cuando volviera en sí, lo colgarían del palo más alto y su cadáver resultaría una bandera muy original.

Alfresco no podía imaginarse el terrible destino que le estaban preparando aquellos hombres que reían tan descaradamente. De pronto sintió una fuerte punzada en el pecho: uno de los piratas, el de los dientes negros y carcomidos, le estaba apuntando con una daga de plata.

—Antes de morir, muchacho, dínos cuál es tu último deseo.

La situación se presentaba muy mal para Alfresco. Aquellos desconocidos querían matarlo y él, débil y desarmado, a tantas millas de su familia, no sabía qué hacer.

¿Y si aquellos hombretones fueran piratas de verdad? Con el miedo, las ideas se le enturbiaban y su cabeza parecía flotar.

—Antes de morir, muchacho, idinos cuál es tu último deseo! —gruñó nuevamente el hombre desdentado.

Alfresco comprendió que aquella gentuza no bromeaba y que si no se le ocurría nada a tiempo, la fría y afilada daga se le hundiría en el pecho.

—¡QUIERO TOCAR EL HORIZONTE! —exclamó el joven con un grito.

Aquellas palabras parecieron hijas de un encantamiento. Fresquito se había salvado.

Toda la tripulación pirata se echó a reír. Se desternillaban de risa, se atragantaban de tanto reír. Gritaban como locos, chillaban, se revolcaban por la cubierta, se emborrachaban.

—¡Él también! ¡Él también! ¡Él también!

Inmediatamente le dieron de comer: una bebida muy fuerte y espinas secas de pescados que tenía que chupar. El capitán de los piratas le propinó un amistoso puñetazo diciéndole:

—No tengas miedo, muchacho. Te has librado de una buena.

—Gracias. Me llamo Alfresco...

—Pues nosotros, como ya habrás adivinado, nos llamamos piratas. Piratas que hemos perdido la carta de navegación porque hace muchos años que navegamos con el mismo propósito que tú: ¡Tocar el horizonte!

Alfresco y los piratas se hicieron muy amigos. Tanto es así que decidieron llevarlo hasta la playa de donde había partido, navegando a toda vela. Así sus padres no tendrían que preocuparse por su tardanza.

El viaje de regreso se le hizo muy corto ya que lo pasó escuchando lo que los piratas pensaban acerca del horizonte.

—Yo creo —dijo el pirata más alto y desmedrado— que existen más de dos mil horizontes invisibles y que nosotros hemos cruzado tan sólo unos ciento ochenta... Los horizontes son líneas finas que dividen el mar en mares pequeños y mares grandes y que únicamente pueden verse desde lejos, porque en cuanto te acercas, se borran. Si pudiéramos ver todo el mar a vuelo de gaviota, veríamos las rayas de los dos mil horizontes... Y, creedme, sería muy bonito... ¿No te parece, Alfresco?

—Puede que sí...

—Escucha, muchacho —masculló el pirata bizco—, horizontes sólo hay uno: el Gran Horizonte. Y para de contar... Mira, el Gran Horizonte se encuentra justo allí donde se acaba el mar. Es un lugar lleno de abismos y despeñaderos sin fondo, adonde se precipita, salvaje y salada, el agua de todos los mares, y va a perderse en la sima, quién sabe hacia dónde... Sólo quiero decirte una cosa más y me callo: el día que nosotros lleguemos al Gran Horizonte, saltaremos con el buque que se partirá en mil pedazos, como una cascara de nuez aplastada. Y después, ya no viviremos para contarlos... ¿No te parece, Alfresco?

—No sé, lo veo muy negro...

—No lo creas, jovencito —dijo un pirata que parecía una aparición de otro mundo— ¡El horizonte es el *water* de los ángeles!

Alfresco no sabía qué cara poner, pero daba igual, porque el pirata seguía hablando como llevado por una idea fija.

—Sí, chico, sí. Cuando se levanta mal tiempo y empieza a lloviznar, es que mean los ángeles transparentes... Si la cosa se enreda y de la llovizna pasa al chaparrón y caen gotas como puños y saltan los relámpagos y retumban los truenos, es que todos los ángeles están en el *water*, es decir, en el horizonte... Allí se encuentran los ángeles transparentes, los de esponja marina, los de peluca de nube y los de alas de hielo. Y también se encuentran allí los ángeles de tu país, Alfresco, y mientras hacen lo que tienen que hacer, entonan sus canciones... ¿Qué te parece?

—No sé...

Alfresco iba a soltar una carcajada, pero el capitán la cortó de un salivazo que fue a parar justo en la rodilla del chico.

—Alfresco, pensarás que somos piratas de pocas luces, pero no es así. ¡Nos gusta cavilar! Yo a veces pienso: el horizonte no existe, es un espejismo, una deformación de nuestra mirada. Pero otras me digo: El horizonte es una costura muy bien hecha entre dos piezas de tonos azulados, el mar y el cielo... ¿No te parece, Alfresco?

Pero Alfresco tenía tantos quebraderos de cabeza que no supo qué contestar.

Una fuerte sacudida lo volvió a la realidad. El buque había encallado en unas rocas.

—¡Hemos tropezado con la costa de tu país! —gritó el vigía.

—Ya hemos llegado, Alfresco —le dijo el capitán—. Me gustaría que no te llevaras una mala impresión de nosotros.

—Siento mucho dejaros —contestó Alfresco.

—Eso es porque tú también eres un poco pirata, como nosotros.

—No, yo sólo soy un nadador. Pero, de todas maneras, me gustaría mucho que un día viniérais a mi casa a merendar.

—A nosotros también, Alfresco. Se abrazaron.

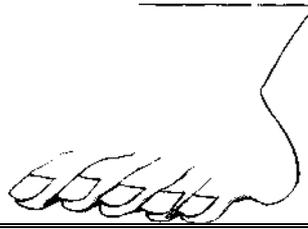
Alfresco llegó al lugar de la playa donde todavía esperaban sus padres, tomando los últimos rayos huidizos del sol. Empezaba a refrescar.

—Hijo, ya estábamos preocupados... ¡Abrígate que cogerás frío! —dijo la madre.

—¿Qué? ¿Has podido tocar el horizonte? —preguntó el padre.

—Sí —contestó el chico—. He tocado el horizonte y me he hecho amigo de unos piratas.

La señora Fresco, el señor Fresco y Alfresco pudieron ver aún el buque pirata que, como un grano de arena, se perdía por la línea del horizonte.



Barrabasada

DIARIO
LA RÚA

18 noviembre 1975

iPánico en la ciudad!

(Redacción.) Esta madrugada, una noticia aterradora ha sembrado el pánico en la ciudad de Barrabasada: ¡La extraña aparición de un Pie Gigante!

Un enorme y terrible Pie Gigante fue descubierto en un barrio periférico de nuestra ciudad, cuando los vecinos de un quinto piso se levantaron de la cama para beber agua.

Éstas son las primeras impresiones de la señora M.: «No sé qué hora sería... pero aún no clareaba. Mi hijo pequeño nos llamó muy asustado desde el comedor... Hablaba de una masa rosada que se movía sola y parecía una inmensa plataforma, algo así como un enorme tocón de árbol en forma de pie... Era, según decía, una masa blanda que olía muy mal...

»Cuando nos asomamos al balcón, la respiración se nos cortó. ¡Era imposible que aquello fuera real! Nuestros ojos veían... veían... la rodaja del tobillo y, a continuación, el Pie Gigante... ¡Sí, sí, era un Pie Gigante! Todavía me cuesta trabajo creerlo...

»Daba escalofríos ver aquella "cosa"... Avanzaba despacio... descalzo, sucio... con unas uñas largas y negras, llenas de porquería, pisando todo lo que se pusiera a su alcance: coches aparcados, farolas, árboles, carteles publicitarios, los camiones que transitaban a aquellas horas... Todo, lo machacaba todo... El pobre vigilante nocturno de nuestro barrio quedó atrapado entre el dedo gordo y el índice... ¡No quiero ni pensarlo! El pobre gritaba pidiendo auxilio... No sabíamos qué hacer. Llamamos por teléfono a todas partes, pero las líneas estaban saturadas... Era una pesadilla espeluznante... Mi familia está medio enferma... ¡Hay que hacer algo con toda urgencia! ¡Piense que el tobillo de ese Pie llegaba a la altura de nuestra casa que se encuentra en un quinto piso! ¡Qué horror...!»

Contraatacar

Todo parece indicar que el Pie Gigante está recubierto por una gruesa capa de callosidades que lo hacen más insensible que la piel de veinte elefantes. Eso significa que todos los sistemas de ataque que se utilicen pueden resultar insuficientes. Habrá que encontrar nuevas formas de lucha para enfrentarse a ese Pie Asesino. ¡Hay que contraatacar cueste lo que cueste!

DIARIO LA RÚA

Barrabasada, 20 de noviembre de 1975

Nuestra mesa de redacción está llena de comunicaciones de barrabasadeños que han presenciado los ataques de ese enorme y terrible Pie. Los teléfonos de nuestro Diario *La Rúa*, no dejan de sonar. Podríamos recoger opiniones de centenares y centenares de testigos.



En estos momentos se ignora todavía la procedencia y las intenciones de esa masa pestífera, sin duda terriblemente peligrosa. Las autoridades competentes han hecho algunas declaraciones por radio, televisión y agencias de noticias y todas ellas coinciden en una cosa: ¡CALMA Y TRANQUILIDAD! Según parece ya se han tomado todas las medidas oportunas para controlar los efectos catastróficos que está desencadenando ese espantoso Pie Gigante. Las autoridades hacen un llamamiento a los ciudadanos, pidiendo que todo el mundo permanezca en sus casas, con las puertas, ventanas y persianas cerradas. Que nadie salga bajo ningún motivo.

Sabemos de buenas fuentes que el Pie Gigante es un pie macho, porque tiene pelos por todas partes. También podemos afirmar, sin lugar a dudas, que desprende un horrible tufo y que el sudor que segrega es asfixiante.

Durante estas primeras horas ha actuado con gran violencia, aplastando, triturando y arrasando todo cuanto encuentra a su paso. Por el momento ya hemos de lamentar la pérdida de varias vidas humanas. Sabemos que el número de víctimas sobrepasa la decena...

Los científicos del país no se explican la existencia de ese insólito Pie. Las agencias de todo el mundo divulgan la noticia. El Pie Viviente acapara la atención mundial.

¡Esperemos que durante las próximas horas, las autoridades encuentren una manera rápida de neutralizar la potencia y la fuerza criminal del Pie Asesino!

(Redacción.) Durante todo el día de ayer y la pasada noche, el Pie Gigante ha seguido sembrando el caos y la destrucción por las calles de Barrabasada.

El hecho más destacable es que el Pie desencadenó su máxima violencia contra todo lo relacionado, en mayor o menor grado, con la cultura. Su ira se desató, sobre todo, contra las bibliotecas, despedazando, destruyendo todos los libros que pudo. Actuó también contra los monumentos, salas de arte, escuelas, teatros, cines, librerías, museos, salas de conciertos, etc...

Se conocen ya las medidas aproximadas del Pie: la planta tiene unos cincuenta metros de largo por unos doce de ancho y su altura es de unos veinte metros. Camina marcialmente, golpeando muy fuerte con el talón y dando una especie de salto. Da violentos puntapiés y con sus uñas abre profundas grietas en las fachadas de las casas... Algunos vecinos le han lanzado numerosos objetos pesados desde los balcones y ventanas. Eso ha enfurecido más, si cabe, al Pie Gigante.

Hemos podido recoger las siguientes declaraciones del alcalde de la ciudad: «Las investigaciones que se han llevado a cabo hasta ahora nos demuestran que ese Pie no se ha formado aquí. Es un Pie extraño a nosotros, una especie de invasor, por decirlo de alguna manera... Después de analizar científicamente sus huellas, podemos asegurar que es un pie autoritario y loco... Hay una cuestión que nos preocupa mucho y es el horrible hedor que desprende y que puede tener efectos contaminantes muy peligrosos... Sin embargo, podemos adelantar para tranquilidad de los barrabasadeños que se han organizado Comisiones Ciudadanas de voluntarios para combatir con toda energía al Pie. Esas Comisiones se han formado en todos los barrios de la ciudad y conseguirán, no lo dudamos, cazar, dominar y someter a esa fiera salvaje que desde ayer nos quita el sueño a todos.»

Al tener conocimiento de la creación de esas Comisiones Ciudadanas, nos hemos dirigido a uno de los miembros que las componen, el señor C.

—Señor C, ¿cree usted que las Comisiones servirán para algo?

—Confío mucho en ellas. Hay que pensar que, a través de las Comisiones, los barrios se han organizado y se están construyendo barricadas y murallas en muchas calles, con la intención de cerrar el paso al Pie... Además, se dedican a recoger objetos defensivos tales como bastones, lanzas, cuchillos, escaleras, redes... y crean también nuevas vías estratégicas de actuación...

—¿Es cierto que el gremio de zapateros se ha movilizado masivamente? ¿Con qué fin?

—Sí, es cierto. Los zapateros de todo el país están reunidos desde anoche y trabajan en un proyecto muy importante y ambicioso...

¿Puede adelantarnos alguna cosa al respecto?

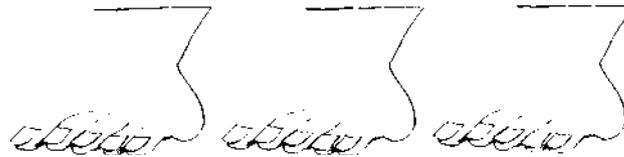
—Sí... Están construyendo un enorme zapato: 50 x 12 x 20 m., de una piel sintética durísima y quieren utilizarlo para aprisionar al Pie Asesino... Si consiguen calzarle ese zapato, la situación puede mejorar...



—Muchas gracias, señor C. ¡Que la operación que tienen entre manos sea un éxito!

Toda la prensa extranjera dedica sus portadas a la misma noticia: Puede leerse en grandes titulares: «¡UN PIE ASESINO ATACA BARRABASADA!» «¡EL PIE QUE APLASTA LA CULTURA!» «¿DE DONDE HA SALIDO ESE PIE GIGANTE?» «UN PIE CONTRA TODO UN PUEBLO» «LOS BARRABASADEÑOS ATACAN AL PIE VIVIENTE» «¡CONTRA EL PIE AUTORITARIO!»

A última hora nos han llegado noticias contradictorias: Unas dicen que el Pie ataca con más virulencia que nunca y que resulta del todo imposible controlarlo. Otras, nos informan de que el Pie está casi inmovilizado en la Plaza Grande porque ha metido el dedo gordo en un aparcamiento subterráneo y no puede sacarlo... Ambas versiones son, de momento, difíciles de confirmar. Lo que sí es cierto es que todo Barrabasada se ha lanzado a las calles... Parece como si el desenlace de la tragedia estuviese ya muy próximo. Se huele.



El Pie acorralado

En el momento de cerrar esta edición, recogemos con gran satisfacción el rumor que apunta que el Pie Gigante está casi acorralado en el barrio antiguo de nuestra ciudad. Gracias a la eficaz labor de todo el pueblo (ya sea a través de Comisiones, Asociaciones, Bomberos, etc.), que se ha lanzado a las calles para levantar murallas, hacer barricadas, etcétera, se ha podido ir taponando muchas vías de acceso y reducir el círculo de movilidad del Pie. Ahora, según parece, el Pie se encuentra encallado en uno de los barrios más estrechos de Barrabasada, lo cual puede facilitar la definitiva caza del Pie. ¿Vamos a empezar a respirar?

¡La muerte del Pie!

(Redacción.) Tal como informábamos ayer, el Pie Gigante ha quedado definitivamente atr-pado en la calle de la Aguja. ¡Esto le ocasionará la muerte!

Desde las seis de la tarde de ayer, hasta esta madrugada, todas las calles vecinas de la calle de la Aguja se encuentran llenas de bote en bote. Nadie quería perdersse el espectáculo de ver al Pie embutido entre las fachadas de las casas de esa calle tan estrecha. Según parece, a lo largo de la noche, el pie empezó a mostrar síntomas de atontamiento. Parecía cansado, sin fuerzas. La gente aprovechó su estado para castigarlo con lanzas desde los balcones, sin dejarlo un momento en paz. Los puntapiés que daba apenas si tenían ya fuerza. Poco a poco, fue quedándose inmóvil. A las siete de esta mañana, los zapateros han empezado la operación de calzarle el zapato gigante.

Cuando el Pie se ha dado cuenta de la intención de los zapateros, ya era demasiado tarde. Reuniendo sus últimas energías ha intentado librarse, pero todo ha sido inútil.

El Pie ha quedado encajonado dentro del zapato que ha sido recubierto por miles de redes para inmovilizarlo definitivamente.

Entonces los bomberos, desde unos tejados, han dejado caer una barra de hierro acabada en una afiladísima punta, justo en medio de la rodaja del tobillo.

El Pie, herido de muerte, daba sus últimos pataleos. De la herida salía un chorrito de líquido espeso y negro...

Así ha muerto la bestia quimérica más extraña de los últimos tiempos.

En pocas horas, todo Barrabasada se ha convertido en una fiesta... Las agencias de noticias han divulgado la feliz nueva por todo el mundo...

En el momento de cerrar esta edición, nos informan de que el zapato gigante se conservará en un museo de la ciudad, como recuerdo de esta horrible invasión.



DIARIO LA RÚA

Barrabasada, 20 de noviembre de 1975

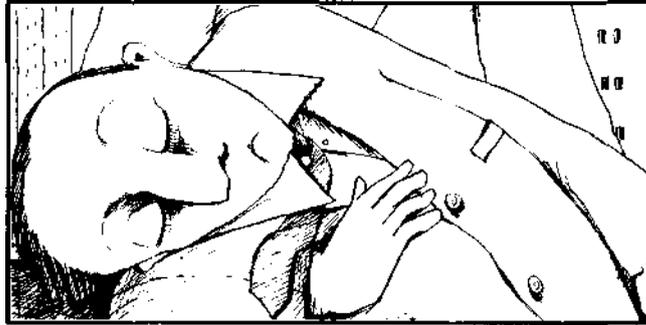
DIARIO LA RÚA

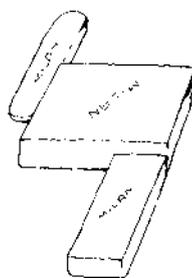
Barrabasada, 20 de noviembre de 1975

Una pesadilla

Afortunadamente la historia ha terminado mejor de lo que todos imaginábamos... Pero el Pie Asesino se ha cobrado sus víctimas y ha ocasionado mucha destrucción... Pero ya está muerto. ¡Definitivamente muerto!

Nuestro pueblo podrá volver a vivir. Ya ha pasado la espantosa pesadilla. ¡Podemos estar contentos!





La señorita Sacapuntas

La escuela que dirige la señorita Sacapuntas es como una mona de Pascua*. El patio es casi redondo y está cerrado por una valla de mampostería. El suelo parece un pedregal. Está sombreado por un ciprés y tres castaños más muertos que vivos. En el centro se levanta la escuela, pintada de un marrón desvaído, que es como la figura de chocolate de la mona.

Hay seis aulas pequeñas, dos despachos, cuatro lavabos, una salita con un piano del año de Maricastaña, tres pasillos y una escalera de madera que da acceso al piso de arriba. La biblioteca contiene un total de 112 libros entre diccionarios, una enciclopedia y libros de lectura, todos ellos amontonados dentro de un armario cerrado a cal y canto que hay en el despacho de la señorita Sacapuntas.

El aula de la señorita Sacapuntas es la más limpia, la más ordenada... es la más *más* de todas las aulas de la escuela. «Sus niños» (la señorita Sacapuntas siempre habla de «sus niños» como si fueran de su propiedad) son también los más aplicados, los más guapos, los más listos, los más *más* de todos los alumnos de la escuela. Ella piensa que las otras aulas son un desastre; que los maestros no saben; que no hay disciplina y que, en definitiva, ella es la salvación de la escuela. La Sacapuntas, así es como la llaman todos, está convencida de eso porque ella es la que más manda en esa escuela color caqui.

—¡No quiero oír ni el vuelo de una mosca!

Habla despacio, pero siempre en un tono muy duro. Después de decir esas palabras, en la clase se hace un silencio helado (tres moscas que estaban volando también se acobardan y se detienen). Acaba de explicar una lección de lengua que nadie ha entendido.

—Señorita Sacapuntas, no entiendo por qué... —dice tímidamente José M.

—Pues es así porque es así. Y se ha terminado. El que quiera entenderlo mejor, que consulte el libro. ¡Silencio!

Sus estúpidas intervenciones casi siempre acaban con la palabra SILENCIO. Y nadie se atreve a decir ni pío.

—Y ahora, sacad punta a los lápices... ¡Cállate, Emilio!... y que no se rompan. ¡Silencio! ¡Ah, y que no vea ni una sola goma de borrar encima de los pupitres! ¡Silencio!

La Sacapuntas tiene dos grandes manías: hacerles sacar punta a los lápices y, sobre todo, prohibirles que utilicen gomas de borrar. Los trabajos, según ella, deben salir bien a la primera.

—Emilio, no seas cochino. Saca punta al lápiz en la papelera. ¡Silencio!... ¡Ignacio, siéntate!... ¡Cállate, Blanca!

Como es muy natural, todos los alumnos tienen gomas y alguna vez las utilizan, aunque la señorita se enfade mucho.

—¡Trae acá esa goma, Bernardo!

* El autor se refiere a las monas que se hacen en Cataluña y que son como grandes tartas muy decoradas, terminadas casi todas ellas con casitas o muñecos de chocolate y otros adornos no comestibles.

La Sacapuntas guarda todas las gomas en el cajón de su mesa. Con la cantidad de gomas que ha requisado, debe de tener ya una buena colección.

Se acaba el otoño y un viento áspero arremolina las pocas hojas secas que quedan en el patio. Hoy, antes de entrar a clase, la Sacapuntas los hace formar en fila y los registra a todos de arriba a abajo. Consigue confiscar veintitrés gomas de borrar entre los chicos de su clase y treinta y siete entre los demás.

Por la tarde, antes de salir, la Sacapuntas convoca reunión general de maestros y alumnos en la salita del piano. La Sacapuntas ha dejado sobre su mesa una gran caja de cartón llena a rebosar de gomas requisadas. La salita está llena de incógnitas.

—Os he reunido a todos para insistir en una norma que es vital para la escuela: ¡Hay que hacer los trabajos bien y a la primera! Eso significa no tener que borrar nunca... En otras palabras: desde ahora... ¡quedan PROHIBIDAS las gomas de borrar en esta escuela! ¡Silencio! ¿Lo habéis comprendido bien?

Por la salita circula un aire de incomodidad. Los alumnos protestan con la mirada. Los maestros cuchichean durante unos minutos. Uno de ellos se levanta para hablar en su nombre y en el de los demás.

—Verá, señorita... nosotros pensamos que hacer un trabajo bien, así, de una sola tirada... es un poco difícil... y que utilizar la goma un par de veces, no puede hacer daño a nadie...

Los alumnos aplauden al maestro: Pero sus aplausos duran sólo un momento porque la Sacapuntas lanza un ¡SILENCIO! que deja sin respiración a todos los presentes.

Los ojos de la Sacapuntas parece que van a salirse de los cristales de sus gafas; su cara se pone roja y el cuello se le hincha como el de un pavo. Parece a punto de estallar.

—¡UNA NORMA ES UNA NORMA! ¡Y no se hable más de ello! ¡Silencio!

Y la señorita coge un puñado de gomas de la caja y se las mete en la boca. Empieza a masticarlas ávidamente. Nadie puede dar crédito a lo que está viendo. Y, sin embargo, es cierto: la Sacapuntas se come las gomas de borrar. A algunos se les escapa la risa por entre los dientes, pero procuran contenerse; a otros, la cosa no les hace ninguna gracia.

Es evidente que la Sacapuntas odia las gomas de borrar porque se está comiendo todas las que hay en la caja. Cuando ya está a punto de terminar, con la boca todavía llena de migajas, dice:

—¡Ahora sí que se han terminado las gomas!

A partir de aquel día se acabaron las gomas de borrar en la escuela. Pero, ¿qué alumno es capaz de prescindir, así, de repente, de una herramienta de trabajo tan divertida como es una goma de borrar? Muy pocos. Así pues, de momento, la mayoría de los alumnos van a la escuela con su goma escondida en el lugar más inesperado: dentro de un calcetín, en la camiseta, dentro de un oído, cosida en el bajo de la falda, oculta en el lomo de un libro, etc. Todos quieren protegerla de un nuevo registro de la señorita Sacapuntas.



La hora del recreo es el momento apropiado para las confidencias entre los amigos.

—Yo tengo una muy pequeña, pero no pienso utilizarla —dice Aína.

—Pues yo no tengo ninguna —contesta Úrsula.

—Ni yo —afirma Roger.

—Yo sí, pero no os diré dónde la tengo escondida —dice Paco.

—Yo no la usaré... —promete Carmen.

—Creo que ni siquiera me atreveré a sacarla... —murmura Berta.

—Ni yo, pero el hecho de tenerla me da seguridad —dice Mariona.

—Pues si alguna cosa me sale mal, puede que yo la use —Emilio habla muy decidido.

En la clase, la Sacapuntas ha atiborrado la pizarra de operaciones. «Sus niños» tienen que resolverlas bien, sin manchar ni emborronar y sin falsos movimientos porque, de lo contrario: «¡Manos arriba! ¡Pim! ¡Pam! ¡Pum! ¡Ya estás muerto!»

Todos procuran poner muchísima atención. Se han lavado las manos; alisan bien los cuadernos; abren la página; afilan bien los lápices; miran atentos la pizarra; contemplan la hoja en blanco, vuelven a mirar la pizarra... En lugar de una clase normal parece la sala de operaciones de una clínica.

La Sacapuntas se pasea por la clase, satisfecha de comprobar que no hay en ella ni una sola goma de borrar por ninguna parte. A través de sus antiguas gafas de concha, vigila constantemente los trabajos de sus alumnos.

Parece mordisquear una sonrisa.

—No aprietes tanto el lápiz, Emilio, vas a agujerear el pupitre.

—Bien, señorita Sacapuntas...

Pero Emilio es un poco chapucero y está a punto de estropear su trabajo.

Se ha equivocado. Tiene que corregir. Necesita recurrir a la goma. Está nervioso. Su mano se desliza bajo su axila derecha. Mariona adivina sus intenciones y le dice que no con la cabeza.

—Carmen, ¿estás en la luna?

—No, señorita Sacapuntas... es que... pensaba... —contesta muy sofocada la niña.

Emilio acaba por sacar la goma de debajo de su axila.

Borra con mucho cuidado, un ojo en el papel y otro en la cara de la Sacapuntas.

Consigue hacer desaparecer el error. Está a punto de volver a esconder la goma, pero un ruido inesperado le produce un sobresalto y la goma cae al suelo, justo a los pies de la Sacapuntas. Ésta se vuelve como un rayo. Silencio total. Fija su mirada en el suelo y descubre la goma color de rosa, ovalada, nueva, provocativa. La recoge y la muestra como un trofeo.

—¿¿¿QUIÉN HA TIRADO ESTA GOMA AL SUELO??? —grita como una loca, el cuello hinchado como el de un pavo—. Estoy preguntando. ¿¿Quién es el propietario de esta cosa prohibida??

Todo el mundo está aterrado. Emilio se hace el desentendido. Nadie dice ni pío.

—Está bien... El responsable demuestra una gran cobardía. Pero, os lo advierto: si esto vuelve a suceder, os quedaréis sin recreo durante un mes. ¡Silencio!

Y ante el asombro general, la Sacapuntas se come la goma de borrar como si fuera un pastel.

—¡Listo! ¡A trabajar! ¡Silencio!

La clase vuelve a estar absorta en el trabajo. Emilio sigue teniendo muchas dificultades: los resultados que está a punto de poner no está seguro de que sean los correctos. Querría copiar de Mariona, porque está seguro de que ella los tiene bien, pero la Sacapuntas vigila como una fiera.

—¿Puedo ir al la... va... bo... señorita Sacapuntas? —balbucea Paco nervioso, sudado, retorciendo las piernas.

—Sí. ¡Pero no tardes ni medio segundo!

Emilio se ha distraído un momento y el lápiz se le escapa de la mano, haciendo una raya que cruza toda la hoja. ¡Sólo le faltaba esta desgracia!

Ahora tiene que borrar a la fuerza. Aún tiene otra goma, esa de color verde, escondida en un zapato. La Sacapuntas asoma la cabeza al pasillo para ver si vuelve Paco. Emilio aprovecha ese momento para quitarse el zapato. Mete la mano en su interior y encuentra la goma. La oprime dentro del puño cerrado y pone el brazo disimuladamente sobre la mesa.

—Emilio, ¿qué escondes en esa mano?

La Sacapuntas lo ha pescado.

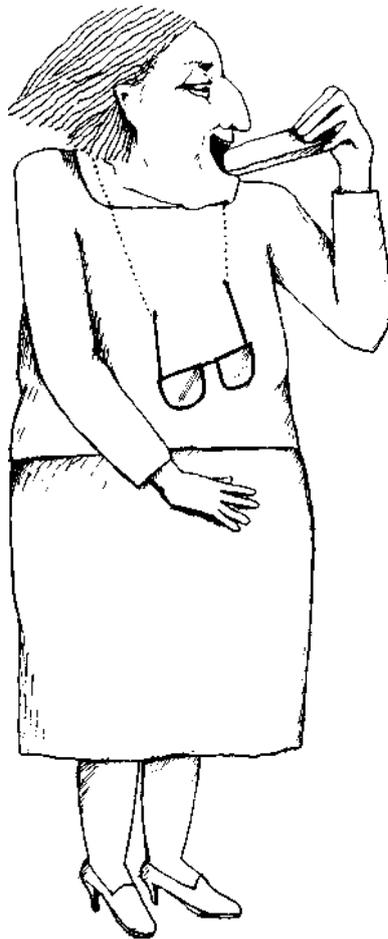
Mariona hace un gesto de conmiseración con la cabeza. Todos miran a Emilio.

—Nada, no escondo nada, señorita —contesta Emilio rojo como un tomate.

—Ven aquí ahora mismo y abre el puño.

Emilio se acerca temblando a la señorita Sacapuntas y, frente a ella, sigue sin abrir el puño. No puede abrirlo. Los compañeros contemplan la escena impotentes.

—¡Te he dicho que abras el puño! ¡Deprisa!



—No puedo —contesta Emilio con un hilo de voz.

La Sacapuntas coge una regla de madera y lo amenaza.

—¡Abre el puño ahora mismo o te lo haré abrir a la fuerza!

—Es que no puedo... —balbucea Emilio.

¡CLAC! Suena un golpe seco dado con la regla sobre los dedos apretados del chico. La mano se abre y la goma verde cae al suelo. En la clase se respira el miedo, la sorpresa, el pedrisco... La Sacapuntas obliga a Emilio a arrodillarse. Después sube al entarimado y muestra la goma verde, bien perfilada, nueva, provocativa.

—¡Otra cosa prohibida! ¡Y ahora todos conocéis al culpable!

Emilio pone cara de víctima. Todos los compañeros se compadecen de él.

Mariona ha sacado su goma amarilla del dobladillo de su falda y se la enseña a Emilio para animarlo.

—¡El culpable! —sigue diciendo la señorita— ¡Emilio! ¡El peor alumno del curso...! ¡El que no se sabe nunca las lecciones...! ¡El más sucio y chapucero! ¡El que tiene la letra más horrible del mundo...! Emilio: eres peor que una manzana podrida entre tus compañeros... ¡A partir de hoy te quedarás todos los días... ¡Silencio!

A Mariona se le ha escapado un grito sin querer.

—Tú, Mariona, también te quedarás hoy. Así le harás compañía. ¿¿Hay alguien más que quiera quedarse?? ¡Silencio!

La Sacapuntas, con un gesto desenfadado, se come vorazmente la goma verde bajo la mirada atónita de toda la clase.

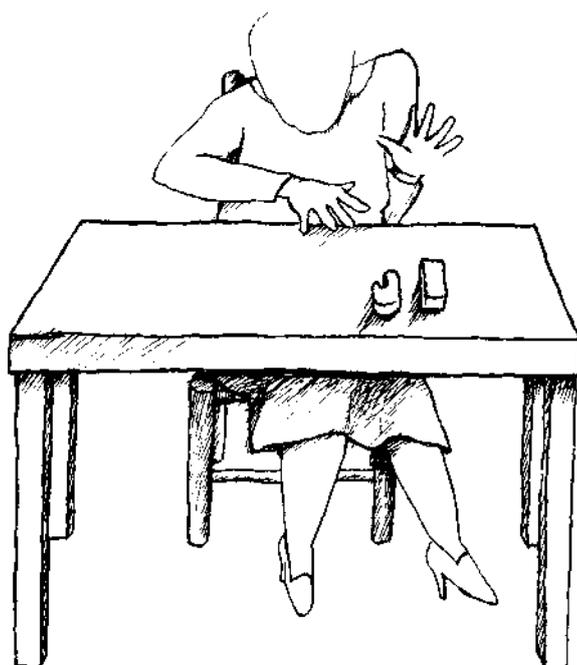
Ya han salido todos. Fuera, la tarde ha ido cayendo y las primeras sombras suben por los castaños del patio. Hace mucho frío.

Emilio y Mariona están en el aula. La Sacapuntas, como un guardia civil, les da las últimas instrucciones.

—Tú, Mariona, cinco veces. Y tú lo repites tantas veces como sea necesario... ¡Ya hablaremos! ¡Silencio!

Los dos niños empiezan a copiar sus trabajos como dos muñecos mecánicos.

La Sacapuntas saca una cajita de cartón del cajón de su mesa y la contempla. La cajita está llena de gomas de borrar. Deben ser sus últimas adquisiciones, rapiñadas en las otras clases. O quizá las ha comprado nuevas, expresamente para ella. Las va sacando una a una. Emilio y Mariona la miran sin que ella se dé cuenta. Va colocando las gomas en fila sobre la mesa. Están sin estrenar y las hay de todos los colores. Después las va cogiendo delicadamente y se las lleva a la boca, como si fueran bombones de chocolate. Las mastica despacio. Las gomas deben de ser ásperas y difíciles de tragar. La Sacapuntas tiene los ojos nublados y es muy posible que ni siquiera vea ya a Emilio y Mariona que la contemplan alucinados.



Y he aquí que a medida que la Sacapuntas va engullendo las gomas, su figura empieza a borrarse. Sí, el cuerpo de la Sacapuntas se va borrando, allí, detrás de la mesa... Primero se le borran los cabellos... después, la frente, las gafas, los ojos... Ya no tiene nariz, ni mejillas, ni... Ya se le ha borrado toda la cara... Después el cuello, el pecho... Sus brazos se agitan como pidiendo auxilio. Pero también se van borrando... El cuerpo de la Sacapuntas se borra de arriba a abajo...

Emilio y Mariona se levantan aterrados y se acercan a la mesa de la profesora. De la silla sólo cuelgan las piernas y los pies que se agitan frenéticamente... y se borran también al cabo de unos momentos... Nada. En la silla de la Sacapuntas ya no hay nada. La maestra se ha borrado del todo, se ha desvanecido como la niebla.

Emilio y Mariona no consiguen reaccionar. Sobre la mesa quedan aún una goma roja, intacta, y otra blanca con un mordisco. Salen maquinalmente del aula, sin ni siquiera recoger sus cosas...

Fuera sopla un aire helado. Se cogen de la mano y atraviesan el patio desierto. Mariona tira la goma roja que aún conservaba y que va a parar justo al pie de un ciprés.

—No es posible que se haya borrado... —murmura la niña.

—Sí. ¡Le gustaban demasiado las gomas! —contesta Emilio.

El señor Zanguilargo era un hombre su-
juto, alto y de piel
amarilla. Se engo-
maba el cabello con
fijador y saludaba
a todo el mundo
con su sombrero
negro. Era un hom-
bre de postal an-
tigua. El señor
Zanguilargo era
muy puntual y
muy mirado pa-
ra todo. Tenía
la manía de
pasarse los
domingos en
el zoo, tanto
si hacía buen
tiempo como
si granizaba.
~~debía ser~~
mis-
mo
lugar: al
verlado de
las jirafas.
Las jirafas
lo fasci-
naban, lo
atraían
de mane-
ra tan po-
derosa que
ni el mis-
mo se lo
podía ex-
plicar. Se
sentaba,
sacaba
un bloc
y un lá-
piz y tome-
ba apuntes
de todo a-
quelto que
observaba en
las jirafas.

En unos momentos
llenaba hojas y ho-
jas con sus dibujos:
patas, cuellos, oreji-
tas, culos de jirafa,
sombras de jirafa...
El señor Zanguilar-
go respiraba domi-
gos de jirafas. Es-
tiraba el cuello
para observarlas
mejor. Se rascaba
la frente para
pensar mejor.
Quería dibujar
las magistral-
mente. El señor
Zanguilargo
no se daba
cuenta pero,
mientras se
ponía de pun-
ta de pie,
cru-
ciendo. No
lo notaba
pero se
cuello se
le alar-
gaba. De
ella frente
le salían
dos cuer-
necitos.
Y la piel,
de color
amarillo
claro, se
le llenaba
de
manchas
oscuras.
El señor
Zangu-
largo se
transforma-
ba, cada do-
mingo, en
una jirafa
camelopardalis.

Señor Zanguilargo

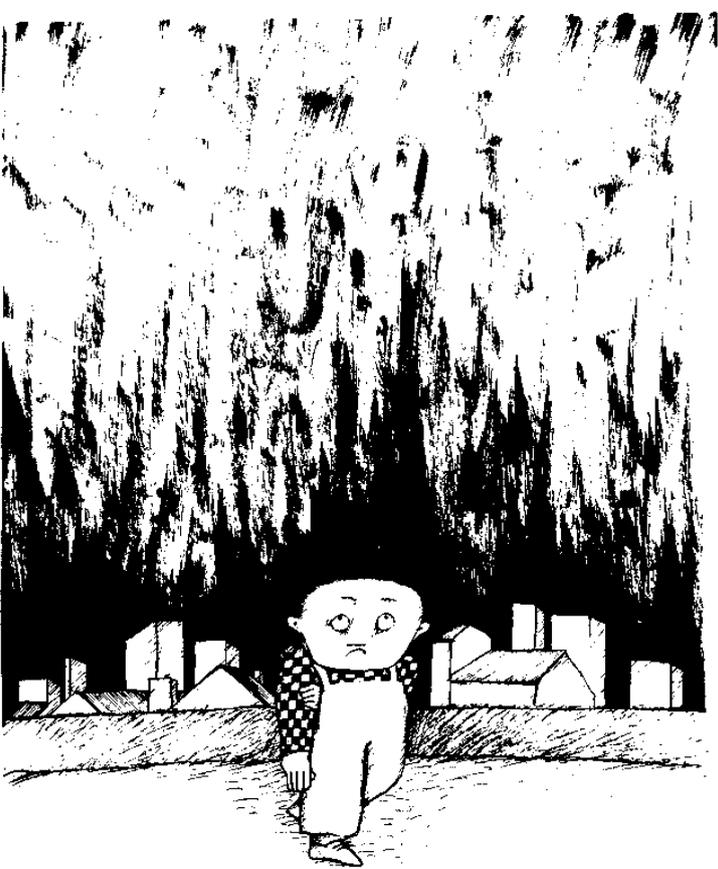




La tienda

En la ciudad de Barrabasada, los niveles de contaminación del aire alcanzaron límites insoportables. Hacía dos meses que no había salido el sol porque no podía traspasar la espesa capa de humo y hollín que se había aposentado en el aire, encima de los tejados. El cielo era una densa masa de grises y negros y ni la lluvia ni el viento conseguían horadar aquella suciedad que hervía como una caldera en el fuego.

Por las calles de la ciudad se cernía una finísima nube negra compuesta de briznas desintegradas. Las chimeneas de las fábricas, los tubos de escape de los coches, las máquinas, las calderas y todas las centrales, vomitaban bocanadas de detritus a un ritmo constante. Barrabasada había perdido su claridad mediterránea.



Los pobres barrabasadeños respiraban *bierda*, comían *fierda*, bebían *gierda*, trabajaban en medio de la *lierda*, paseaban por la *nierda* dormían con la *sierda* y se levantaban con la *wierda* metida dentro de los pulmones.

Fue durante aquellos dos meses asfixiantes cuando un abuelo, el abuelo Carriel, tuvo la idea de abrir su tienda.

La familia lo tomó por loco. A su edad, él, uno de los barrabasadeños más viejos, ¿qué iba a hacer con una tienda?

Pero el abuelo Carriel tenía su dinerito y aquella idea metida entre ceja y ceja. Y abrió la tienda.

Mandó blanquear y adecentar un bajo abandonado que tenía en una de las calles principales de Barrabasada. Puso unos estantes blancos y los llenó con botellas de todos los tamaños, de cajas, cajitas y algunas bandejas de plata. Después empezó a poner etiquetas a las botellas y cajas vacías. En las etiquetas se leía:

—Viento del sudoeste, tramontana, viento fresco de madrugada, aires de la sierra, vientos de otoño, mezcla de poniente y levante, aire con olor a menta, viento con canto de grillos, viento con olor a vacas...

—Sol del atardecer, sol de invierno, sol de mar, sol de media tarde, sol encendido, sol apagado...

—Luz de mediodía, luz mortecina, luz de verano, claridad de septiembre, claridad de montaña...

En las bandejas, también vacías, puso unos rótulos:

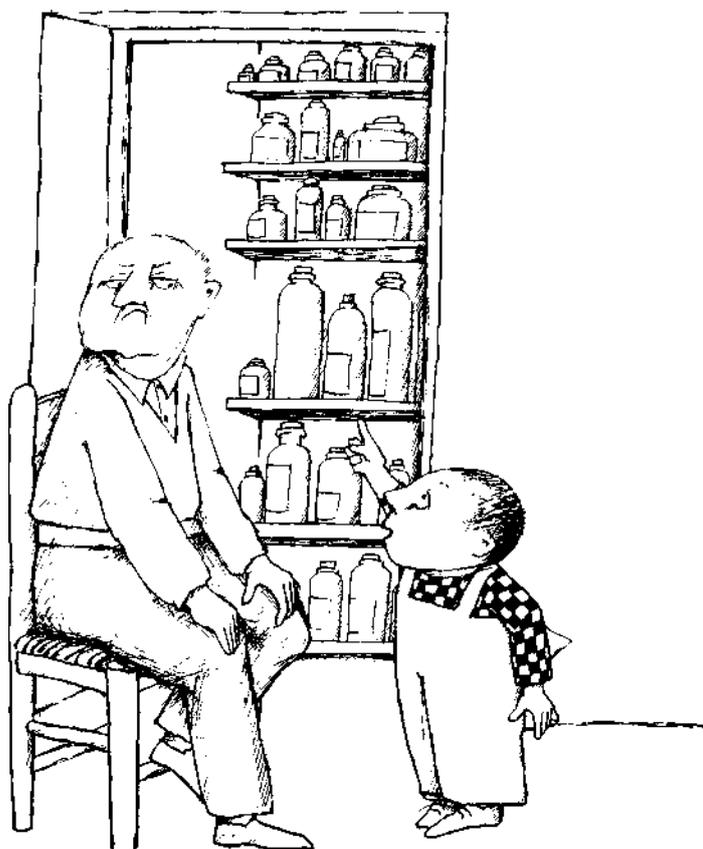
—Tajadas de sol, trocitos de nubes y ramos de viento, a tantas pesetas el kilo... Una vez terminada esta tarea, la más importante de todas, el abuelo Carriel se sentó junto a la puerta, en una silla de enea, y empezó a pregonar su mercancía:

—... ¡Eh...! ¡Barrabasadeños y barrabasadeñas... entrad, venid y comprad los vientos más limpios y resplandecientes, recogidos en las altas montañas! ¡Cajitas de luz a buen precio! ¡Botellitas de sol de todos los tamaños! ¡Pasad y llevaos una corriente de aire fresco del último vendaval! ¡Entrad sin ningún compromiso! ¡No lo penséis más!... ¡¡Ramos de oxígeno natural!!

Muy pronto corrió la voz de que el loco Carriel tenía una tienda fantasma. Todo lo que pretendía vender no era sino un enorme engaño: en las botellas, en las cajas, en las bandejas, no había nada de nada. Todo era una mentira. El viejo Carriel quería engatusar al público. La familia no quiso saber nada más de aquel abuelo tan trapacero. Pero Carriel era muy obstinado y cuando algo se le ponía entre ceja y ceja ya no se volvía atrás, fuese lo que fuese. Y se pasaba los días en la puerta de la tienda intentando, inútilmente, captar compradores.

El negocio era un completo fracaso. Nadie compraba absolutamente nada. El pobre viejo no ingresaba ni un céntimo en su caja. Como máximo, algún bromista entraba y fingía interesarse por el contenido de alguna de las botellas, pero no se dejaba convencer y salía de la tienda disimulando las ganas de reír.

Entretanto, la situación de Barrabasada iba empeorando. Los barrabasadeños apenas si transitaban ya por las calles y cuando lo hacían, iban envueltos en bufandas, enfundados en pasamontañas o con mascarillas de oxígeno. A las siete de la tarde sonaba el toque de alerta porque era cuando los índices de contaminación alcanzaban cotas peligrosas. A esa hora, cerraban todas las tiendas. Todo el mundo se recluiría en su casa, Barrabasada se paralizaba y la niebla negra se convertía en reina y señora de la ciudad.



El abuelo Carriel también bajaba las puertas metálicas y se quedaba solo en la tienda. Ya era muy viejo y aquel mal respirar no podía traerle nada bueno. Pero tenía que resistir, por lo menos, tres semanas más, el tiempo suficiente para que sus conciudadanos lo tomaran en serio.

Un día entró una barrabasadeña en la tienda del abuelo.

—Mal día, abuelo...

—Sí, bastante malo, sí... ¿En qué puedo servirle? —preguntó el viejo atemorizado, pensando que aquella mujer traía malas intenciones.

—Quería... una botellita de medio litro de ese viento que sopla tan fuerte en el Ampurdán...

—¿Se refiere a la Tramontana, quizá...?

—Al mismo —contestó la señora satisfecha—. Póngame medio litro de Tramontana, por favor.

El abuelo Carriel estaba nervioso. Era la primera cosa que vendía.

Envolvió la botella como pudo y cobró.

Cuando la barrabasadeña traspasó el umbral de la puerta, el abuelo reía.

Después de aquella cliente, llegaron otros compradores. La clientela del abuelo Carriel fue aumentando de día en día. Era como si se corriera la voz. Es posible que todo empezara como un juego, para seguirle la corriente a un chiflado, pero después, la gente se fue acercando a la tienda con verdadero espíritu de compradores. Es probable que las mercancías que el abuelo pregonaba desde la puerta trajeran a la memoria de los barrabasadeños, todo aquello que la fatídica niebla negra había borrado de sus vidas: el sol, el viento, la luz y el aire.



Durante aquellas tres semanas, la mayoría de los barrabasadeños acudieron a la tienda del abuelo Carriel, bien para comprar un cuarto de kilo de sol, bien para llevarse un manojo de brisas o para adquirir cualquier otra mercancía. Hasta su familia había ido una tarde a curiosear. El abuelo ni siquiera les dirigió la palabra.

La ciudad entera hablaba de la tienda del abuelo Carriel. Las máximas autoridades también tenían noticia de su existencia, pero estaban muy ocupadas buscando soluciones —que nunca encontraron— contra el terrible mal que azotaba la ciudad. Una sola idea luminosa surgió de aquella reunión tan importante que celebraban:

—Propongo que la tienda de... de no sé quién... de ese tal abuelo Carriel... sea declarada «Monumento de Interés Nacional» de Barrabasada.

La propuesta fue aceptada por unanimidad.

Cuando el abuelo Carriel lo supo, se murió de rabia.

Ahora ya todo da igual. La tienda la han convertido en un museo de interés para todos los escolares de Barrabasada. Pero la ciudad sigue sumergida en la misma niebla infernal. Ya no hay aire para respirar, ni sol que caliente, ni nubes que dejen caer la lluvia, ni ningún viento que, de una vez por todas, se lleve tanta porquería.



¡Amooooooooooooor!

Mi historia empieza un buen día al levantarme de la cama. Me levanto y, figúrate, yo que era Aurelia, me encuentro convertida en una coqueta. Una coqueta azucarada y melindrosa. ¡Caramba...! Me miro al espejo y me doy cuenta de que tengo la piel más fina que la seda y tan blanca como un sorbo de leche.

«¡Ya está! —pienso—. Ya que soy una coqueta azucarada y melindrosa, voy a hacerme tirabuzones rubios, como los que llevaban las niñas de antes.» Y ya me tenéis riza que te riza la cabellera con unas tenacillas de peluquería. Después ato mis tirabuzones con seis lazos rojos y me gusto mucho.

Buscando, buscando, encuentro un vestido de organdí rosa, de cuando mi abuela era jovencita (idescanse en paz!), y me lo pongo. También me pongo unas enaguas blancas y unas braguitas llenas de puntillas, todo del año de la pera. Me coloco, además, una piel de conejo sobre los hombros y me calzo los zapatos verdes, que son los que tienen el tacón más alto.

Ya estoy casi lista. Me encuentro tan coqueta, azucarada y melindrosa, tan no sé qué ni sé cómo, que ya sólo me faltan unos retoques finales: me embadurno los morros con un lápiz de labios de color vinagre, trazo unas rayas negras al borde de mis ojos y me pellizco durante un rato las mejillas, porque no encuentro el colorete por ninguna parte.

¡Ay...! Ya no soy Aurelia, sino una Camelia, una flor de jardín.

Soy Rizos de Oro, la gran artista de cine, en carne y hueso.

Engalanada de esta manera, patín, patán, empiezo a pasearme arriba y abajo del comedor. Me doy cuenta de que el canario enjaulado está trinando. Me ruborizo un poco. Soy tímida y siempre me ocurre igual cuando me silban. Me voy poniendo nerviosa. Los tacones de los zapatos se me doblan y estoy a punto de perder el equilibrio. Pero al fin hago un guiño y el canario lanza un gorgorito que me deja sorda.

Paso dos o tres veces por delante de él. Ando de puntillas, como un pavo real y meneo el pompis. Sí, sí, soy la artista Aurelia Camelia Rizos de Oro, de la película *¡Amooooor!*

Convencida de mi papel, avanzo resuelta hacia la cocina y abro la nevera de un codazo: ¡Zas! Pero se me tuerce un tacón, se me cae la piel de conejo y me rasgo el organdí de debajo del brazo. No ha sido nada. Me tranquilizo. Una artista no debe perder el aplomo por una nadería semejante. Cojo una botella de *TuttiFrutti* y me lleno un vaso. Chin, chin, me pongo a brindar con la escoba porque no encuentro nada mejor a mano. El vaso se ha pringado con la pintura de mis labios, pero no importa.



De pronto me viene al pensamiento que tengo que hablar del modo que hablan las artistas extranjeras. La idea me hace feliz... *Bela cosa, prego... Ainá dar der, mai cou fa-laf tu guida, ainsori, mai lof... Xua raqui anisoc ber i gutamo... fufa seri noso xac, sac mefulec rinuassa, ruc, ratis nac ué...* ¡Qué lío!

Después hago como que la escoba se ha enamorado de mí, la cojo y las dos nos paseamos por el comedor.

De vez en cuando miro de reojo a la escoba y me doy cuenta de que quiere darme un besito. Pero yo no quiero.

—¡Johnnnn! —la escoba se llama John—. ¿Por qué quieres darme un beso? ¿No ves que haces que me ruborice? ¡Plaff! Le suelto una bofetada y el pobre John cae al suelo avergonzado. ¡Pobre Johnnnn! ¿Y si se hubiera hecho daño? Se lo pregunto y John, es decir, la escoba, me contesta que no ha sido nada, que me perdona, que es capaz de aguantarlo todo por mi amoooooor.

Me resigno. Volvemos a pasear muy formalmente. Esta vez vamos de la mano. Nos sentamos en el sofá. Hacemos como que tomamos café y sorbemos los dos a la vez.

¡Oh, alguien está filmando la escena! Ya no me acordaba de que nosotros, Aurelia Camelia Rizos de Oro y Johnnnn Escoba, somos los protagonistas de la película *iAmoooooor!* Los focos me molestan y me dan mucho calor. Miro hacia la cámara, esbozo una sonrisa y hago carantoñas de coqueta azucarada y melindrosa. Los focos me hacen daño en los ojos y con tanto calor se me va a derretir el maquillaje. Pero tengo que sonreír a la cámara. Los artistas tenemos que hacer muchos sacrificios... Ahora los dos tenemos que hablar.

—Sí, sí... ¡Ah, no, eso no! Quizá sería mejor que... Después de todo, yo... ¡Ah...! ¡De acuerdo!

¡iiiiin! Me levanto, descuelgo el teléfono, pongo cara de romántica, me río como una tonta y digo:



—Ah... ¿sí?... ¿Por qué?... ¿De verdad...? ¿También...? ¡No!

Resulta que una admiradora quiere hablar con mi Johnnn.

—Johnnn, amoooooor, es para ti...

Dejo el teléfono sobre el mango de la escoba y mientras espero que termine de hablar, me siento. Me muerdo las uñas, pongo los pies sobre la mesita y canto *Baiba-bai, babara-bai*.

De pronto, pienso que las escobas no hablan y que la voz que estoy oyendo se parece mucho a la de mi padre. Me vuelvo y... ¡sorpresa!, veo a mi padre en pijama, de pie, en la puerta de comedor.

—Pero, Aurelia, ¿qué haces levantada a estas horas?

Yo, como si bajase de las nubes, sólo contesto con un «¡Oh...!» tan débil y desinflado que da pena. Mi padre se compadece de mí y me acompaña a la cama.



Empiezo a volver en mí y, como por arte de magia, dejo de ser la coqueta azucarada y melindrosa para volver a convertirme en la Aurelia de todos los días. Ni Camelia, ni Rizos de Oro, ni nada: Aurelia. ¡Qué asco!



Semilla de pedo, con morro y oreja de señor

Hasta ahora nos habían hecho creer que los cerdos sólo servían para criarlos en las pocilgas, engordarlos, matarlos y convertirlos en jamones y longanizas. Pero nos han engañado como a chinos. Y lo más seguro es que todos los cerdos domesticados que nos zampamos, también ignoren que existe un país: Collcorcón, donde, desde hace más de trescientos años, mandan los cerdos. Si los que tenemos domesticados en porquerizas lo supieran, si estuvieran informados, seguro que se habrían largado ya a Collcorcón y, de ser así, ¡pobres de nosotros!, ya nunca más podríamos catar el jamón ni los embutidos.

Como decíamos, hace más de trescientos años que los cerdos mandan en Collcorcón. Si os pica la curiosidad de conocer este país, relativamente joven, podéis consultar un libro que se llama *Crónicas secretas de Collcorcón* (escrito en lengua «gruñidora», que es la que allí se habla). Dicho libro sólo lo encontraréis, si tenéis suerte, en alguna librería de viejo, porque hace mucho tiempo que no se ha vuelto a reeditar. Lo que en él se refiere, comprende desde el día en que unos cerdos muy bien armados declararon la guerra a los matarifes (en el año 1633, por San Martín, día de la matanza del cerdo), hasta el año 1750, cuando Collcorcón se proclamó nación libre e independiente, patria de todos los cerdos, gorrinos, guarros y marranos del mundo.

El capítulo más extenso y apasionante de esas crónicas, es el que contiene mayor número de datos y más información. En él se narra con pelos y señales «La gran Guerra del Gorrino», que duró más de cien terribles y sanguinarios años. Una gran mortandad de hombres y de cerdos fue el balance de aquella larguísima y puerca contienda.

Cierto que ninguno de los libros de Historia Universal que conocemos han reseñado nunca los hechos históricos acaecidos en Collcorcón. Eso puede ser debido a dos razones: porque los historiadores temen escandalizar o porque estén sumidos en la más completa ignorancia. El caso es que todo lo que aquí relatamos es rigurosamente histórico.

Nuestro mayor deseo es que este capítulo de la historia contemporánea, sea conocido, estudiado y divulgado, y que no se pierda para siempre en el olvido.

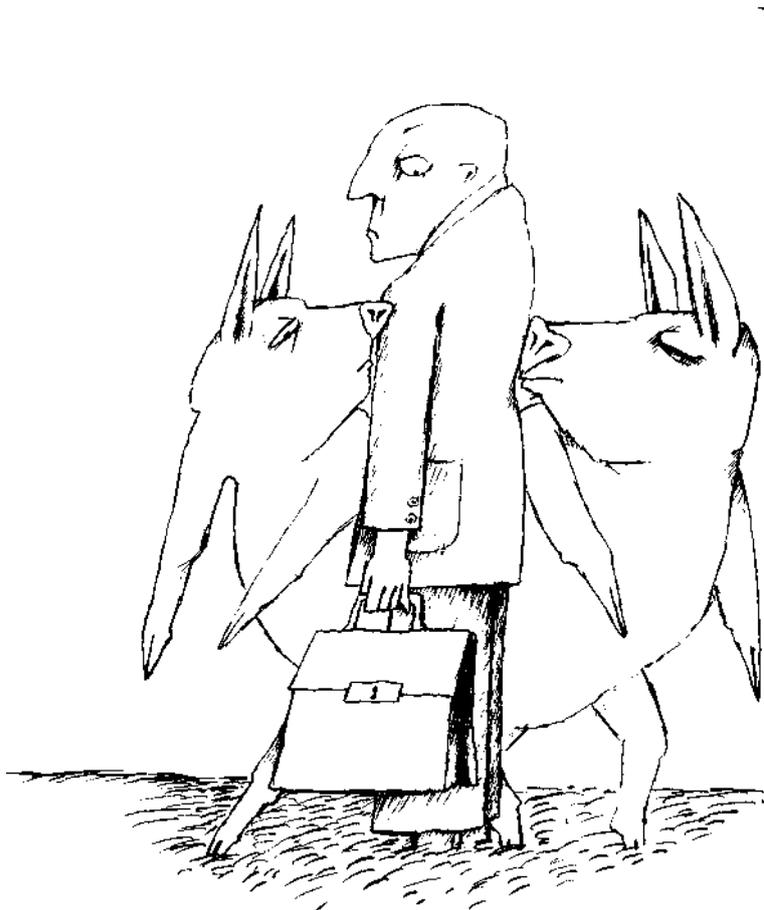
Pero para ello sería necesario que alguna editorial se arriesgase a publicar una nueva edición, traducida al castellano, de esas *Crónicas Secretas*. Una edición económica al alcance de todo el mundo.

La que nosotros tenemos es una edición del año 1917, en versión gruñidora. Tenemos que decir que hemos estudiado profundamente la lengua gruñidora a lo largo de estos últimos años, por correspondencia, y que ha sido gracias al intercambio cultural establecido con un sabio de Collcorcón, el muy ilustre Cerdo P. P. P. Graso.

Durante el aprendizaje de tan rebuscado idioma, tuvimos que superar muchísimas dificultades, pero el esfuerzo, el interés y el gran empeño que pusimos en ello, sirvieron para que, finalmente, llegásemos a dominar a la perfección el Gruñido y el Chillido, que son las bases fundamentales de la lengua gruñidora. (Gruñidos y Chillidos simples y compuestos, fuertes y débiles, regulares e irregulares, sonoros y sordos, masculinos y femeninos, elementales y superiores. Y además, las 19 conjugaciones gruñidoras.)

Después de esta pequeña introducción, ya podemos hablar del viaje. Hace cosa de unos meses, tuvimos la extraordinaria oportunidad de poder viajar a Collcorcón, especialmente invitados por el doctor Cerdo P. P. P. Graso y gracias a una beca que nos concedió el Instituto de Investigaciones Lingüísticas. Tres profesores de la Universidad y yo, pudimos conocer e investigar de cerca la vida y las costumbres de esos ciudadanos

cerdos. Era la primera expedición humana que llegaba oficialmente a Collcorcón desde el final de la guerra del Gorrino. Podemos afirmar que hacía más de doscientos años que aquellos cerdos no habían visto un ser humano.



Lo primero que hicieron los cerdos cuando cruzamos la frontera de Collcorcón, fue olisquearnos de arriba a abajo. Los guardias de la frontera, unos cerdos blancos, bien armados, lanzaban unos chillidos burlones mientras nos machacaban las cámaras fotográficas y las máquinas tomavistas. Lamentamos, por lo tanto, no poder ilustrar con documentos gráficos, nuestros informes escritos.

¿Cuáles fueron nuestras primeras impresiones?... Resulta muy difícil explicar las sensaciones que experimentamos en Tocinón, la ciudad que visitamos más a fondo y donde prácticamente vivimos durante los quince días que duró nuestra estancia en Collcorcon.

Creo que lo que más nos sorprendió fue el espantoso mal olor que se respiraba por todas partes. Un hedor fortísimo apestaba la ciudad. Pasados unos días ya no lo notamos tanto y llegó a parecer normal. Después de todo, nuestros cerdos domesticados también huelen muy mal. (Quizá lo que más nos sorprendió fue su atrevimiento de olerenos a nosotros.)

Inmediatamente pudimos constatar lo que ya sabíamos a través de la correspondencia que sosteníamos con el doctor Cerdo P. P. P. Graso: los cerdos de Collcorcon no andaban a cuatro patas, como los cerdos domésticos de nuestro país, sino que habían conseguido andar utilizando únicamente las dos patas traseras, las cuales se les habían alargado y ya no resultaban tan rebolludas.

Las dos patas delanteras cumplían las mismas funciones que nuestras extremidades superiores, con el inconveniente de que ellos sólo tienen cuatro dedos en cada mano.

Iban desnudos, como los cerdos que todos conocemos, exhibiendo su piel dura, rosada o negruzca, cubierta de pelos largos y fuertes. Una piel tan grasienta como desvergonzada. El rabo, corto y retorcido, había desaparecido, la cabeza se parecía a las

de todos los cerdos, pero tenía, quizá, el morro menos pronunciado, los ojos eran un poco más grandes y vivos y las orejas, menos caídas... No sé, pero su aspecto general era más refinado... Eran más hermosos, más señores. Las cerdas, y también las lechoncitas jóvenes, adornaban su provocativa y voluminosa desnudez con collaritos, brazaletes y otros ornamentos confeccionados con huesos.

Una cosa que nos pareció muy curiosa, y hasta cierto punto contradictoria, fue que todos los cerdos que tratamos iban bastante limpios y aseados, especialmente el doctor P. P. P. Graso, que fue nuestro guía.

¿Qué podemos decir de la ciudad de Tocinón? Pues que era fea y maloliente, cosa fácil de imaginar. Estaba estructurada por bloques de porquerizas o pocilgas de cinco, ocho o diez pisos como máximo, formando manzanas parecidas a las de nuestras ciudades. Las calles, auténticos estercoleros infectados, cuadrículaban la ciudad de forma bastante racional (es posible que los planes de ordenación territorial funcionaran mejor que los nuestros).

En cada manzana había lo que ellos llaman un Super-Obi, que es algo así como una especie de comedor-abrevadero-almacén colectivo, donde hay alimentos omnívoros de todas clases, a precios regalados: sopas vegetales, combinados de restos de animales, porquerías que nadie sabía lo que era, y una especie de pienso *tutti-sabori*, muy popular.

Al lado mismo del Super-Obi, había una porqueriza especial con un gran letrero en la entrada (en lengua gruñidora, naturalmente) que decía: *El puerco nace, pero también se hace*. Era, según pudimos comprobar, una especie de escuela donde se enseñaba a emitir correctamente Gruñidos y Chillidos a todos los gorrinos, puercos, marranos y lechones. También los adiestraban en el arte de bañarse y perfumarse con jugo de brezo. Muy pocos eran los cerdos que aprendían a leer y escribir y, en general, todos eran muy incultos y toscos. En realidad no les interesaba demasiado, ni la historia de su país, ni nada de lo que estuviera relacionado con la cultura porcina. Por eso no conseguimos encontrar ni una biblioteca, ni una librería...



Lo que sí advertimos fue una cierta afición al canto, si es que podemos llamar «canto» a los sonidos que emitían las corales porcinas que encontrábamos por las calles y cuyo propósito parecía ser el de desencadenar la lluvia y los truenos.

La vida transcurría de una forma bastante anárquica, ya que comían y bebían cuando les venía en gana. Sin embargo, en Collcorcón había un gobierno, a cuyo frente estaba el presidente de los cerdos. Ese presidente era elegido entre los puercos más agresivos y fuertes del país y era, en definitiva, el vencedor de todas las competiciones de lucha porcina que se organizaban cada tres años por todo el territorio.

El presidente de los cerdos disfrutaba de más privilegios que nadie...

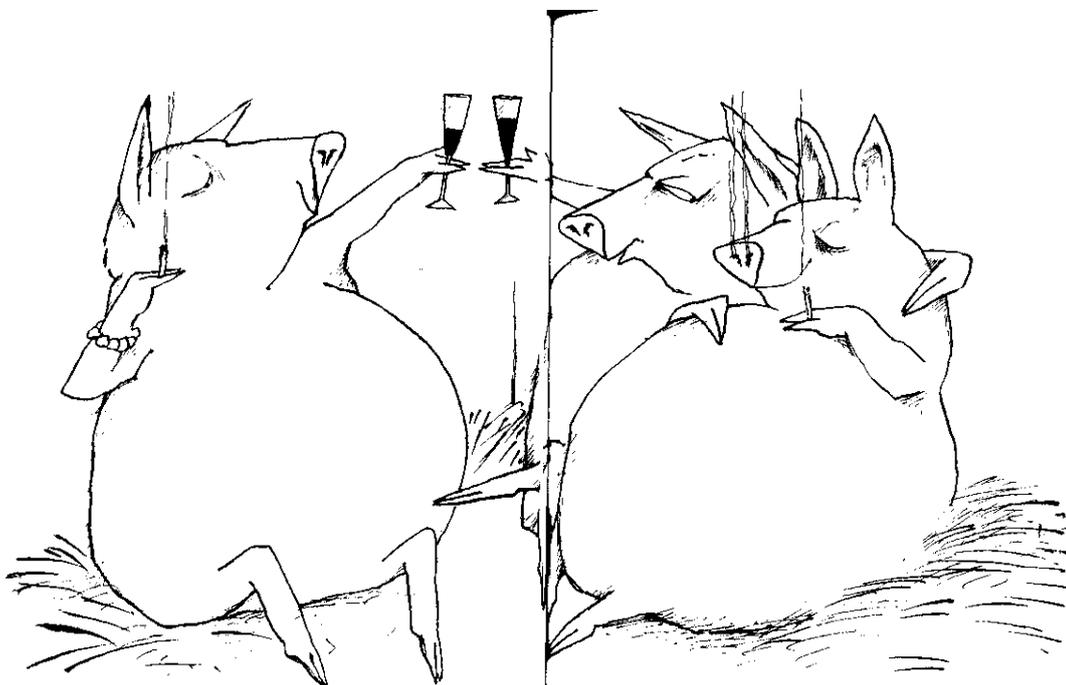
El doctor Cerdo P. P. P. Graso nos explicó que ellos habían conseguido vivir bastantes más años que nuestros cerdos domesticados y, al mismo tiempo, se reproducían menos (cada cerda tenía uno o dos lechonas como máximo). Los machos y las hembras llevaban una vida disoluta y cambiaban de pareja siempre que les apetecía.

Parece ser que a los muertos los adobaban con hierbas... Es algo que sospechamos, pero que no pudimos constatar.

La fiesta nacional la celebraban el día de San Martín, en memoria de la revolución que tuvo lugar hace más de trescientos años.

En Tocinón no vimos ni cines, ni teatros. También desconocían la televisión y, según parece, aún no habían hecho ningún descubrimiento científico importante (había pocos sabios, el doctor Graso y algunos más).

Durante el día, los cerdos llevaban una vida regalada, de holganza, paseando arriba y abajo de las calles (aún no habían inventado ningún medio de locomoción). Por las noches, los cerdos y las cerdas adultos iban a divertirse a Las Marranadas, unas porquerizas donde se fumaba, se bebía licor de raíces y se comía hasta reventar. La última noche que pasamos en Tocinón, el doctor Cerdo P. P. P. Graso nos invitó a ir a una de esas Marranadas. Quería que probáramos un plato típico del país, uno de los más exquisitos, según él, la quinta esencia culinaria, afirmaba. Era un plato que llamaban *Simiente de pedo, con morro y oreja de señor* y estaba hecho a base de judías blancas y trozos de carne. Nosotros no queríamos molestar a nuestro anfitrión, pero olimos aquel guiso y no nos hizo ninguna gracia... ¡Aquella carne...! Después recordé que en un restaurante de Figueras sirven un plato con ese mismo nombre y la carne es de cerdo. Se lo dije en voz baja a mis compañeros y todos llegamos a la conclusión de que aquellos trocitos de carne debían de ser de carne humana... Fingimos no encontrarnos bien y pedimos permiso para retirarnos. Y en realidad, no nos encontrábamos bien. Estábamos un poco mareados porque de aquellas pocilgas de diversión se desprendía un olor a pedos y demás ventosidades, absolutamente asfixiante. El doctor P. P. P. Graso se ofendió un poco.



Al día siguiente por la mañana, cuando abandonamos el país, el doctor Graso nos dijo con áspero gruñido:

—Amigos, os dejamos marchar para que podáis hablar de nuestra avanzada civilización a todos los compatriotas cerdos que aún viven domesticados y esclavizados en vuestro país... Pero nunca más volváis a poner los pies en Collcorcón, porque la segunda vez no lo podríais contar...

Aquellas palabras del profesor Graso nos dejaron helados. Dimos media vuelta y salimos de su país sin perder un segundo.



El misterio de Buster Keaton

Corría el año 1925 y Blanco Marfil, la muchacha más bella de toda la costa sur, estaba muy triste. Antes, su bellissimo rostro desprendía una gracia que hacía perder la cabeza a quien lo contemplaba, pero ahora, pasados seis meses desde aquel extraño infortunio, Blanco Marfil, se había apagado, sus ojos eran dos gotas de agua y su piel había empalidecido como la cera.

Su familia organizó un viaje de placer para Blanco Marfil. Tal vez viajando conseguiría olvidar antiguas pasiones y enterrar el pasado. Sin duda le haría muy bien cambiar de aires.

Mientras el tren se alejaba, los familiares de Blanco Marfil agitaban sus pañuelos y trataban de sonreír. Pero, desde la ventanilla del vagón, sólo contestaba al saludo la camarera Sandía. Blanco Marfil, tras el cristal, parecía una muñeca de fina porcelana. Cuando se arrellanó en su asiento se puso aún mucho más triste. Sandía la camarera, que era viva como una ardilla, pegó en seguida la hebra con un señor mayor que estaba sentado a su lado.

—Vamos a hacer un viaje muy largo, muy largo, ¿sabe? Es la tercera vez que voy en tren. ¡Y me gusta mucho! Si no fuera porque mi señorita, pobrecilla, está tan así... ahora mismo me pondría a cantar.

Los ojos sin tibieza de Blanco Marfil no miraban a ninguna parte, pero permanecían muy abiertos. Dos lágrimas redondas como canicas de cristal querían deslizarse por sus mejillas, pero se lo impedían unos hilillos de seda que pendían de los ojos.

—Ay, mujer, Blanco, reina, guapa, no quiero verte llorar...

Blanco Marfil sacó un pañuelo de hilo de la bolsa de flores que tenía en el regazo y se secó las dos lágrimas. Después se tapó la cara con el pañuelo y se levantó angustiada del asiento.

—Blanco, guapa, ¿quieres que te acompañe?

Blanco Marfil hizo un gesto negativo con la mano y salió del departamento alejándose pasillo adelante. Sandía se levantó, pero volvió a sentarse, impotente.

—¿Qué le pasa a su... señorita?

El señor mayor quería husmear y Sandía, que siempre tenía ganas de charla, no necesitó que la pinchase mucho.

—Huy, señor, si yo le contara...! ¡Pobrecilla...! Verá... Hace unos seis meses, mi señorita, Blanco Marfil, estuvo a punto de casarse... Todo estaba ya preparado. Ella era la mujer más feliz y risueña que pueda imaginarse... Y también la más guapa. La fama de su belleza iba más allá del país... ¡Pobrecilla! Y él, su prometido, era el muchacho más formal que he conocido... Serio, de ojos grandes y cara alargada, siempre muy bien peinado y luciendo sombrero... Imponía respeto. Y cómo quería a la señorita... ¡Sí, la quería muchísimo! La verdad es que hacían una pareja que daba gusto ver... Ella parecía una reina... Quizá haya leído usted el caso en el periódico... ¡Seguro que sí! Porque la noticia era de primera plana... Todo estaba a punto para la boda. Blanco Marfil, bellissima como un altar, esperaba a su amado Buster Keaton... ¿Lo recuerda? ¡Exacto! Sí... Los periódicos hablaron mucho de aquello. Bueno, pues él no se presentó... Blanco Marfil se consumió de tanto esperar... El muy canalla, hablando mal y pronto, dejó plantada a mi Blanquito, pobrecilla... ¡Ella no se merecía semejante cosa! Y desde entonces no ha

vuelto a saber nada de él... de aquel Buster Keaton. ¡Como si se lo hubiera tragado la tierra! ¿Quién hubiera dicho que Buster Keaton, tan formal, tan serio, fuera tan... tan... tan mal educado y sinvergüenza? Cuando lo pienso siento una rabia... ¡Pobrecilla! Ya la ha visto usted... Está consumida. Ya no es la que era... la de antes... Se acuerda del caso, ¿verdad? ¡Exacto! Los periódicos hablaron mucho de ello...

Blanco Marfil se había encerrado en el lavabo y trataba de secarse las dos lágrimas de cristal que volvían a humedecer sus mejillas. Se miró en el espejo y no se reconoció. Era como si en aquel medio año le hubiesen cambiado las facciones y ahora fuera otra la que estaba allí, llorando. La pequeña estancia se oscureció de pronto. El tren acababa de penetrar en un túnel. Blanco Marfil lanzó un grito de espanto y se desmayó.

Sandía se retorció de risa porque dos soldados que se habían sentado frente a ella contaban tonterías. El señor mayor, sentado a su lado, la hizo volver a la realidad.

—Y ¿está muerto ese tal Buster Keaton?

—Ah, eso no se sabe... Un misterio. Pero... ¿dónde se habrá metido mi pobre Blanquito? Discúlpeme, pero voy a ver si la encuentro. Es capaz de hacer cualquier bobada... Después del disgusto que tuvo, nunca se sabe... Dispensen... Perdonen...

Sandía se levantó, pero una sacudida brusca del tren la hizo caer encima de los soldados que reían a carcajadas mientras la ayudaban a ponerse en pie.

—Ay, gracias, chicos... Este tren va como loco...

Intentaba avanzar por el pasillo del vagón, tambaleándose y tropezando con todo el mundo. Miraba a izquierda y a derecha buscando a su Blanco Marfil, que no aparecía por ninguna parte. ¿Por dónde andaría?

—Perdón... Ay, perdone... Es que estoy buscando a mi señorita... Perdone, lo siento mucho... Gracias...

Blanco Marfil yacía como muerta en el suelo del servicio. Una sombra conocida cubría su cuerpo desvanecido. Una sombra que no surgía de nadie, que sólo era sombra, pero que parecía tener vida propia. Blanco Marfil empezó a volver en sí. Abrió sus ojos de agua y lanzó otro grito de espanto. Aquella sombra que se paseaba viva sobre su cuerpo, por las paredes, por la superficie del espejo, era una sombra humana, una sombra masculina, alargada, desmadejada... Y llevaba sombrero. Parecía talmente la sombra de su... Se movía nerviosa, como un trapo negro agitado por el viento. Las manos de la sombra hacían señales a Blanco Marfil. Ella, casi petrificada aún por el miedo, pudo articular al fin algunas palabras.

—Eres... ¿eres su sombra...? ¿Buster...?

La sombra no podía hablar. Sólo se movía. No estaba quieta ni un minuto. Los brazos, las manos y los dedos de la sombra, se estiraban y se encogían como arañas negras sobre el pecho de Blanco Marfil. La muchacha sintió miedo.



—... No... no sé qué quieres... ni por qué estás aquí, Buster. ¡Pero me das miedo! ¿Dónde está tu cuerpo, sombra? ¿Está muerto tu dueño? ¿Por qué desaparecisteis, tú y él, el día de nuestra boda? ¡No te muevas tanto que me pones nerviosa!

La sombra de Buster tenía más vida que la pobre Blanco Marfil. La joven se fue incorporando y se acurrucó en un rincón para dejar el campo libre a la sombra de su amado. La sombra, al fin, pareció tranquilizarse y se detuvo entre la puerta y el espejo. Se aferraba a la pared y su altura sobrepasaba en dos palmos a la de Blanco Marfil.

—¡Oh, Buster...! Eres tú... o, por lo menos, una parte de ti... Ya me siento mejor... Si eres la sombra de mi Buster, hazme una señal con la cabeza...

La sombra, que había comprendido las palabras de la joven, se estremeció ligeramente. Después, una de las negras manos, se posó sobre la bolsa floreada de Blanco Marfil, como intentando abrirla...

—¿Qué quieres? ¿Qué estás tratando de decirme? ¿Quieres entrar en mi bolsa?

Eso era exactamente. Blanco Marfil empezaba a comprender.

Se había establecido la definitiva comunicación. La chica abrió la bolsa y la sombra se lanzó dentro de cabeza, talmente como si la boca de la bolsa la hubiera absorbido. Blanco Marfil sintió que un estremecimiento recorría su cuerpo... Se miró en el espejo y se encontró bella, muy bella... Se frotó la frente y los codos con agua helada y salió del servicio llevando en la mano, con mucha delicadeza, la bolsa floreada.



Sandía ya desesperaba de encontrar a su señorita cuando la vio acercarse por el pasillo. Se asustó.

—Pero... pero, hijita... reina... Blanquito... ¿dónde te has metido? ¿Te encuentras bien? Pareces muy cambiada...

—No pasa nada, Sandía. Vamos a sentarnos... Tengo ganas de llegar.

Sandía no sabía qué pensar. ¿A qué se debería aquel repentino cambio de Blanco Marfil? Súbitamente volvía a ser la muchacha bellísima de seis meses atrás, de antes de la desgracia... Puede que ahora fuera más guapa aún...

Cuando llegaron a su departamento, los pasajeros dejaron escapar una exclamación. La belleza de Blanco Marfil volvía a encandilar todos los ojos. La joven lanzó de pronto una risotada que heló el corazón de los presentes.

Las cuatro horas que todavía duró el viaje en aquel tren de carbón del año 1925, pasaron en un abrir y cerrar de ojos. Sandía, el señor mayor, los soldados, Blanco Marfil y el resto de los pasajeros, no dejaron ni un momento de contar cosas divertidas. Era como si el vivo entusiasmo que la hermosura de Blanco Marfil despertaba, se hubiera contagiado a todos los viajeros del vagón.

Sandía estaba loca de alegría por el cambio que se había operado en su ama.

Cuando llegaron a su destino, un pueblo muy bonito de la costa este, lo primero que hizo Sandía fue llamar por teléfono a los padres de Blanco Marfil. Cuando supieron el extraordinario cambio que se había operado en su hija, se quitaron un enorme peso de encima. Recomendaron a Sandía que estuviera al acecho y los mantuviera informados de cualquier acontecimiento. Mandaban muchos besos y abrazos a su queridísima hija.

Los días en el pueblo de Malee transcurrieron plácidos y tranquilos. La belleza de Blanco Marfil, se iba redondeando y daba la impresión de encontrarse cada día más sana. Sus ojos brillaban como dos diamantes y su piel, rosada y tersa, resplandecía.

La salud de Sandía también había mejorado. Estaba gorda como una vaca y había olvidado por completo el encargo de vigilar a Blanco Marfil. Encontraba natural el cambio de su ama, propio de su vigorosa juventud. Estaba convencida de que los aires de Malee habían ayudado a borrar para siempre el recuerdo de aquel traidor de Buster Keaton.

Las noches en Malee eran frescas y silenciosas. Sandía tenía el sueño muy ligero y, sin

embargo, y a pesar de dormir justo al lado de la habitación de Blanco Marfil, no había oído nada extraño ni se había despertado ni una sola noche. La tranquilidad que allí se disfrutaba era total... No obstante, la última noche... ya fuese por el ruido persistente de la lluvia, por el ladrido de un perro solitario o a causa de alguna pesadilla, se despertó...

Se levantó sin hacer ruido y salió al pasillo del hostel donde se alojaban. Fuera estaba muy oscuro y llovía. Con el corazón oprimido, Sandía apoyó el oído en la puerta de la habitación de su señorita... Sí, aquella voz que escuchaba era la de Blanco Marfil... Pero, ¿con quién hablaba? No se oía ninguna otra voz, ni siquiera un susurro... Miró por el agujero de la cerradura... Quería saber si Blanco Marfil soñaba o se había vuelto sonámbula...

—¡Eres tonto, Buster...! ¡Quieres abrazarme y no puedes! Eres como una telaraña juguetona y te quiero. Te quiero lo mismo aunque no puedas abrazarme... Échate en la cama, Buster... Ah, no, eso no vale... ¡Baja del techo ahora mismo! ¿Dónde te has metido ahora, travieso? ¡Oh, Buster...! Adivino tus intenciones... Quieres besar mi sombra, ¿verdad? Bueno, ahora ven aquí un poquito, a mi lado... Ven.

Sandía se tragaba la escena por aquel ojo, grande como un limón, que miraba a través de la cerradura. Lo que estaba viendo no podía ser verdad. Aquella sombra que se paseaba endemoniadamente por la habitación, no podía ser una sombra viviente, sin ningún cuerpo que la proyectase. No podía ser la sombra de... Buster Keaton porque él no estaba allí. Pero, ¿por qué Blanco Marfil coqueteaba como una loca descarada con aquella sombra?

Tenía que telefonar inmediatamente a la familia. Pero, no, esperaría al día siguiente para no llamar demasiado la atención.

El resto de la noche lo pasó Sandía en su habitación, mirando caer la lluvia a través de la ventana. Tardó mucho en hacerse de día y Sandía tuvo tiempo para pensar cosas horribles. Por la mañana, muy temprano, telefoneó.

La familia Marfil no comprendía nada de nada... ¿¿¿Querer a una sombra??? ¿¿¿Ju-gar con una sombra sin cuerpo??? ¿¿¿La sombra de Buster Keaton abrazando a su hija??? ¡¡¡Imposible!!! Sandía se había vuelto loca. Se había trastornado. Deliraba. Después de mucho insistir, Sandía los convenció: Blanco Marfil amaba a la sombra de su antiguo novio y aquella sombra vivía con ella. ¡Qué escándalo!

Dieron instrucciones a la doncella. Era necesario actuar como si nada ocurriera. Tenían que hacer las maletas inmediatamente y regresar en el primer tren que saliera de Malee. Entretanto, ellos buscarían la solución.

Sandía temblaba sólo de pensarlo, pero hizo lo que le mandaron. Claro que, a partir de aquel momento, procuró mantenerse apartada de su ama y la miraba con cierta aprensión.

—... ¿No necesitas nada, Marfil, guapa...?

Blanco Marfil le contestaba siempre que no, con una fresca sonrisa en los labios.

Durante el viaje de regreso no ocurrió nada de particular. Pero Sandía observó que Blanco Marfil estrechaba constantemente la bolsa floreada contra su pecho y que no la abandonaba ni un solo segundo.

La familia esperaba inquieta en la estación. Cuando Blanco Marfil bajó del tren, les pareció a todos una aparición. Después, besos, abrazos y muchas miradas de reojo. Ponían caras de circunstancias y fingían estar muy contentos. Blanco Marfil no dejaba de reír. Se había repuesto hasta el punto de que su belleza resplandecía como un diamante.

Pasaron dos días. La familia de la joven se había organizado de forma que no la dejaban sola un momento. Estaba constantemente vigilada. Además, habían guardado todas las llaves de las puertas y de los armarios, habían quitado todas las aldabas y pestillos a fin de que aquella cabeza loca no pudiera encerrarse en ninguna parte para jugar con la sombra. La muchacha se sentía muy desgraciada y nunca abandonaba la bolsa floreada, la llevaba siempre apretada contra su pecho. Todos sabían que dentro de aquella bolsa se ocultaba la sombra de Buster.

Transcurridos aquellos dos días, el anuncio que los familiares de Blanco Marfil habían puesto en todos los periódicos, empezó a surtir efecto.

Al mediodía llamaron a la puerta y cuando Sandía fue a abrir, no se desmayó por milagro. En el umbral, muy sonrientes, había cinco Busters Keaton. Los cinco llevaban un ramo de flores en la mano y sus rostros eran muy parecidos al del antiguo novio de la señorita, o sea, al Buster Keaton de verdad. Pero eran o más gordos, o más altos, o más bajos o más delgados. El señor Marfil les rogó que entraran y los llevó a la salita. Había llegado el momento de hablar seriamente con su hija.

El padre, la madre y el resto de los familiares, entraron de pronto en la habitación de Blanco Marfil mientras ella intentaba, inútilmente, encerrarse en un armario.

—Hijita... —dijo la madre—. Lo sabemos todo.

—¿Todo? ¿Y qué quiere decir todo? —preguntó sorprendida la joven.

—Nos referimos a... a lo de la sombra de Buster... Sí, hija, no hace falta que escondas la bolsa floreada... Lo sabemos.

—Bien, muy bien... —Blanco Marfil estaba tranquila y no se alteró en absoluto. Estaba dispuesta a enfrentarse a la situación que, más tarde o más temprano tenía que llegar. Y dijo—: Es mejor que lo sepáis, así podré sacar de una vez la sombra de Buster de la bolsa.

—¡Todavía no! —gritó el padre—. ¡Todavía no! Espera un poco... Antes deja que tu madre termine de hablar.

—Sí, nena, hijita... sabemos que tienes su sombra... y que... la quieres. Pero... ¡no podemos consentirlo! ¡Es algo absolutamente escandaloso! Por eso hemos buscado la solución más decente: ¡A la sombra le falta un cuerpo!

—Cuánta verdad dices, madre. Le falta el cuerpo de Buster Keaton, naturalmente... Pero, ¿dónde está?

—Si vienes a la salita encontrarás... ¡cinco Busters! ¡Cinco! Han venido expresamente para probarse la sombra que tienes en la bolsa y, al que le vaya mejor, que se la quede... ¡Y después te casas con él!

Blanco Marfil los miró a todos y se dio cuenta de que hablaban en serio. Y ya no pudo contener la risa.

—¡Ja, ja, ja...! ¡¡Eso es imposible, madre!!!

—De momento, cinco..., pero van a venir muchos más, no te preocupes... ¡Hemos puesto anuncios en los periódicos!

—¡Ja, ja...! ¿Pensáis que mi sombra, la sombra de mi Buster, querrá acoplarse a un cuerpo que no es el suyo? ¡No, ni lo soñéis! ¡Nunca!

—Hijita, Blanco... querida hijita... ¡No nos des este disgusto tan grande! ¡Vamos a intentarlo, hija! Probar no cuesta nada...

Blanco Marfil ya había pensado en la salida más eficaz.

—De acuerdo, muy bien —dijo—. Pero antes tendré que consultarlo con la sombra de Buster. En seguida bajaremos. Salid...

Los familiares se miraron con desconfianza, pero salieron de la habitación y bajaron a la salita, que ya estaba llena a rebosar de Busters Keaton de todas las medidas, edades y complejiones. Sandía tuvo que dejar abierta la puerta de la calle porque dentro ya no se cabía. Por la avenida iban llegando montones de Busters Keaton, todos muy bien vestidos y sonrientes y con un ramo de flores en la mano. Todos querían ser el afortunado personaje solicitado en los anuncios de los periódicos: «Si eres igual a Buster Keaton (había una fotografía al lado), puedes tener la oportunidad de casarte con la muchacha más bella de toda la costa sur, y obtener, además, una buena dote...»

El anuncio había despertado el entusiasmo en todos los hombres solteros, viejos o jóvenes, que llegaban en multitud, no sólo de aquellos alrededores, sino incluso del

Oeste. Todos creían parecerse al auténtico Buster Keaton.

En poco tiempo se congregaron más de mil Busters Keaton frente a la casa de Blanco Marfil.

La joven sabía muy bien que entre aquella muchedumbre no estaba su amado Buster Keaton. Por eso, ella y la sombra, saltaron por la ventana de atrás y se escabulleron apresuradamente.

Cuando los familiares, cansados de esperar, subieron a la habitación y no los encontraron, salieron al balcón y explicaron a la aglomeración de pretendientes repetidos que su hija había huido con la sombra en cuestión y que darían una buena recompensa al «falso Buster Keaton» que les devolviera a su querida hija.

Todos los Busters Keaton, eufóricos ante la esperanza de cazar a una novia de tanta valía, se pusieron en acción inmediatamente. Corrían enloquecidos por todas las calles y avenidas, sin dejar ni un solo rincón por escudriñar. Era una enorme masa que infundía miedo. Corrían sin cesar de un lado a otro...

¿Dónde se habrían metido Blanco Marfil y la sombra de Buster Keaton?

¡A la estación! ¡¡¡A la estación!!! El grito retumbó como una amenaza al salir de las miles de gargantas de los enfervorecidos perseguidores.

En efecto, Blanco Marfil y la sombra de Buster Keaton, habían huido hacia la estación... pero ya no había nada que hacer. Habían conseguido poner en funcionamiento una máquina con tres vagones y vaya usted a saber dónde estaban ya... Los Busters Keaton falsos se quedaron en tierra con tres palmos de narices.

La última persona que vio pasar el tren, como un fantasma, por sus tierras, cuenta que de los tres vagones ya sólo quedaba medio. Y pudo ver cómo una muchacha y una sombra destrozaban a hachazos el medio vagón que quedaba e iban echando los trozos de madera al fuego de la caldera de la máquina. Y mientras el tren se perdía a lo lejos a toda velocidad, dicen que la muchacha gritaba presa de una gran exaltación: «¡Más madera, Buster! ¡¡¡Más madera!!!





La revolución del abecedario

Quiero explicaros lo que en estos días está pasando en el abecedario. Pero tendré que darme mucha prisa porque me temo lo peor. Todo empezó con la aparición del manifiesto *¡El abedecario en lucha!* Resumiendo, decía más o menos lo siguiente:

Primero: Que las letras del abecedario están siendo utilizadas y explotadas desde hace muchos siglos, a cambio de nada.

Segundo: Que siempre han sido obligadas a componer palabras, frases, historias y libros, sin pedir su consentimiento.

Tercero: Que, en servicio del interés del hombre, muchas veces han sido deformadas en la caligrafía, corriendo grave peligro de fracturas y diversas enfermedades incurables.

Cuarto: Que con el cuento de que «cuantas menos letras tenga un abecedario, más fácil y económico es un idioma» han perdido la posibilidad de reproducción y eso pone en grave peligro su supervivencia.

Quinto: Que han sido mecanizadas e industrializadas para comerciar con ellas, como letras de molde, plantillas de hojalata, letras adhesivas, máquinas de escribir y otros sistemas bajos y sucios. Y nunca jamás han podido participar en los beneficios.

Sexto: Que ni una sola vez han sido consultadas sobre qué tipos de vestidos les gustaría llevar: el de tinta, el de lápiz, el de pintura, el de yeso, etc...

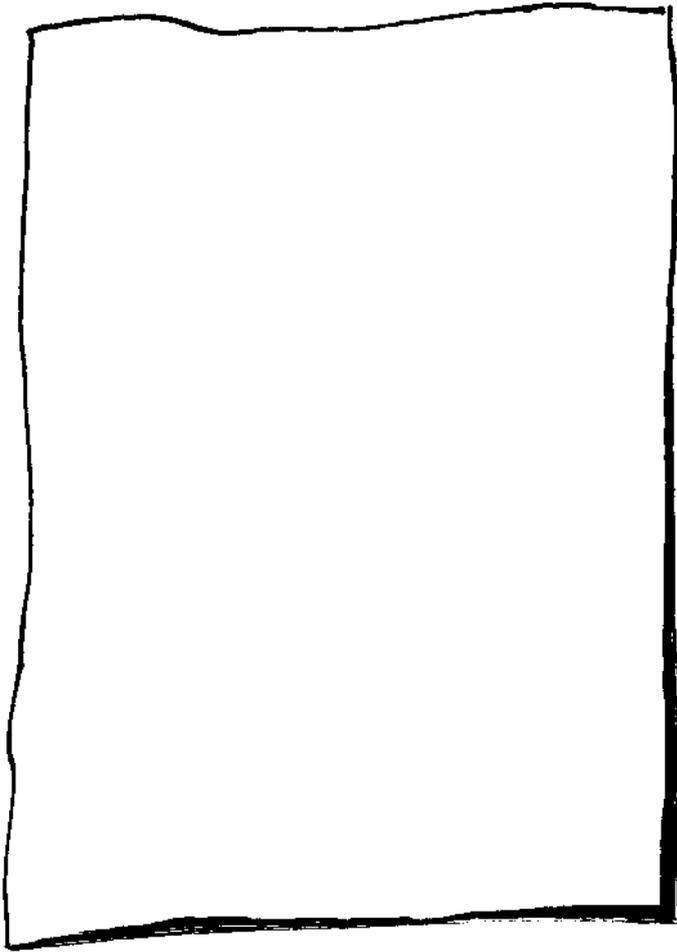
Séptimo: Que las han hecho salir en el cine, en la televisión y en los anuncios murales, de forma bastante chapucera, agresiva y deformada. Tanto es así que, con frecuencia, ni ellas mismas se reconocen.

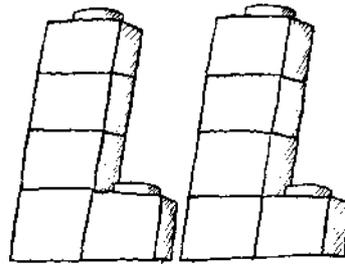
Con todo esto y por todo esto —termina diciendo el manifiesto— ¡¡¡REIVINDICAMOS NUESTROS DERECHOS!!!

El manifiesto estaba firmado por: *El Comité del Abecedario Libre.*

Transcurridos unos días y viendo que nadie recogía sus justas aspiraciones, las letras del abecedario, cansadas de manifestarse, han iniciado una HUELGA... EN PRIMER LUGAR, SE HAN DECLARADO EN HUELGA LAS LETRAS MINÚSCULAS... Y, COMO PODÉIS OBSERVAR, YA SÓLO PODEMOS ESCRIBIR UTILIZANDO LAS MAYÚSCULAS... PASADO ALGÚN TIEMPO HAN VUELTO AL TRABAJO, PERO ENTONCES han empezado la huelga las letras mayúsculas, y, según nuestros informes, durará más y provocará mayores conflictos, es un problema porque esta situación empieza a complicar nuestros escritos y dificulta enormemente la lectura, somos conscientes de ello... pero no nos ponemos nerviosos... como ya veis, la huelga es intermitente: primero las minúsculas y ahora las mayúsculas, pero estas acciones aún no han dado ningún resultado, nadie ha movido ni un dedo, y yo digo que si no se apresuran a atender sus reivindicaciones, puede ser demasiado tarde y los efectos de la huelga, catastróficos... porque cuando empiecen a declararse en huelga las vocales y las consonantes, las mayúsculas y las minúsculas, todas conjuntamente, todo estará perdido... y más aún si se solidarizan con su programa reivindicativo todos los signos de puntuación, puede ser el caos total, pero, ¿qué estoy diciendo ya hemos llegado a la situación límite sólo faltaba esta r m t y cbnd fg rsl cms Is ve 1 s t mb nooaioieeyeeuus io v '• _" w

¿?





Al revés

Rita había estado jugando todo el día en las oficinas de Bubo-Bubo y ahora estaba reventada. Empezaba la tarea a las ocho y no salía hasta las cinco y media de la tarde. Tenía un ratito para almorzar y una hora justa para comer. Con un horario de juego tan apretado no podía ir a casa y no tenía más remedio que quedarse en los comedores de Bubo-Bubo, donde servían una comida horrible.

Hacía ya mucho tiempo que jugaba en aquellas oficinas y como en abril cumpliría los trece años y había demostrado ser una buena jugadora, la nombrarían jefe de departamento. Eso significaría tener que organizar los juegos para todos los chicos y chicas que jugaban con ella en la misma planta. Tendría ocasión de inventarse muchos juegos y con ello su tarea sería más creativa y ganaría más dinero.

El director de la empresa Bubo-Bubo, era un chico muy torpe. No sabía jugar ni tenía ninguna iniciativa para el juego. Pero, claro, era el director. Y se llamaba Bubo-Bubo.

Mientras Rita sacaba el coche del aparcamiento, Ojal, un chico muy bien plantado que jugaba en otra planta, le guiñó un ojo. El día anterior había ocurrido lo mismo. A Rita le gustaba mucho Ojal, pero antes de salir con él, quería pensarlo un poco. Ya había tenido otros novios y siempre había acabado completamente harta. Por eso no le devolvió el guiño. Además, estaba cansadísima. Y si no se daba prisa llegaría tarde al colegio.

Arrancó de golpe y poco faltó para que le diera un trompazo al coche de delante, el de Mirapués. Sólo habría faltado eso, porque Mirapués era la niña más blandengue y quisquillosa de todo Bubo-Bubo y ni una ni otra podían verse ni en pintura.

Rita miraba el reloj segura de que llegaría tarde. A aquellas horas, a la salida del juego, se organizaban todos los días unos atascos de padre y muy señor mío.

Efectivamente. Cuando por fin pudo aparcar el coche cerca del colegio, la mayoría de los macríos, pacríos, tiacríos, abuecríos, etc., ya había salido. En el patio, esperando con las carteras colgadas del hombro, sólo quedaban ya su padre, su madre, la tía Prudencia y el abuelo. Cuando reconocieron el coche, empezaron a saltar de alegría.

—¡Rita! ¡Es Rita!

Rita los hizo subir al asiento de atrás. El abuelo lloriqueaba porque se había hecho pipí en los pantalones. Justo en aquel momento salió una niñestra del colegio y la llamó.

—Escucha, Rita, ¿tienes un segundo?

—Sí, Climina... ¿Es que ocurre algo?

La niñestra Climina llevaba una cola de caballo atada con un lazo rojo. Fumaba en pipa y echaba continuamente humo por la nariz.



—Nada de importancia, Rita... Pero, caramba, tus padres sólo piensan en jugar y no trabajan nada. Molestan a los compañeros, los distraen y no paran un momento de hablar. No estudian nada... ¡son un asco!

—No te preocupes Climina, ellos verán lo que hacen. ¿Y los otros dos?

—Bien... Tu tía trabaja y tiene mucha fuerza de voluntad... Tu abuelo, pobrecillo, es un buen muchacho, pero aún se hace pipí encima... Y cuando se le escapa, empieza a berrear y no puede soportar que lo toquen...

—En casa hace lo mismo...

—Bueno, sólo era eso... Hasta la vista, Rita. Adiós, chicos, hasta mañana.

Climina echó tres círculos de humo por la nariz y se fue. El coche de Rita se dirigió hacia la avenida principal, muy despacio, intentando hacerse sitio en aquel mar de coches. Arrancar y parar, arrancar y parar... El pan nuestro de cada día. Aún tardarían en llegar a casa.

—¿Ya estamos así?

En el asiento de atrás habían empezado las peleas.

—¡Ha sido la tía Prudencia, hija! —acusaba el padre.

—No lo creas, Rita. ¡Son tus padres que siempre me están fastidiando!

—¡Cállate, boba! —gritó la madre.

—¡Estoy harta de vuestras peleas! ¡Estoy requeteharta! ¡Basta!

El padre tiró del pelo a la tía Prudencia y ésta empezó a chillar como un conejo. El

abuelo aún no había dejado de lloriquear. La madre reía y, disimuladamente, pellizcó con saña una pierna de la tía.

—¡Ay, ay, ay...! ¡Rita!

La tía lloraba y moqueaba.

—¡He dicho que basta! ¡Voy a empezar a repartir galletas y castañas y ya veréis qué buenas están!

Rita no podía conducir en aquellas condiciones. Tener que preocuparse de los semáforos, de los coches que iban delante, o detrás, o a los lados... y de los desvergonzados de sus padres, porque seguro que habían empezado ellos la gresca. Ya la había advertido la señorita Climina...

El coche de su izquierda no paraba un momento de lanzar toquecitos de claxon...

—Oh, pero si es Ojal...

Ojal, tocaba el claxon para que Rita volviera la cabeza. Cuando al fin lo consiguió, le hizo uno de sus insinuantes guiños, mientras que con la mano le indicaba, con exagerados gestos, que era necesario tener paciencia. Rita sonrió. Ojal era muy divertido... El muchacho también llevaba, en la parte trasera de su coche, a sus padres y a sus abuelos, que no paraban un momento de moverse.

—¿Quién es ese de ahí al lado que te mira con cara de bobo, hijita? —preguntó la madre.

—Eso no es asunto vuestro, guapos... Un amigo. Hala, sed buenecitos que ya llegamos.

Cuando se detuvieron en el siguiente semáforo, Rita ya no vio el coche de Ojal. Sólo faltaban tres calles para llegar a su casa.

A la hora de preparar la cena, Rita los hacía trabajar a todos. El padre pelaba las patatas, la madre limpiaba las judías verdes, el abuelo batía los huevos, Rita hacía las tortillas y la tía Prudencia ponía la mesa. Después, antes de cenar, ¡todos al baño! El abuelo y la tía siempre querían bañarse por separado, pero el padre y la madre preferían hacerlo juntos. Como ya eran grandecitos, podían bañarse solos y Rita aprovechaba ese tiempo para descansar.

—¡Baja el volumen del televisor, abuelo!

Rita quería leer, pero con aquel ruido infernal, era imposible.

Entró corriendo la tía con la bata de baño.

—¡Rita, Rita, tus padres no quieren salir de la bañera!

—Ay, tía, déjalos...

—¡Es que yo también tengo que bañarme...! ¡Y ellos no paran de jugar!

—Que jueguen... ¿Me dejas leer un poco, mona?

—Sí, Rita... pero, es que... ¡juegan a tocarse el culito!

—¿Y qué, Prudencia? Son mis padres...

Para cenar, Rita tuvo que apagar el televisor porque se distraían demasiado y no comían. Además, tantas horas de tele no es bueno para nadie. El abuelo era el que comía más deprisa. Los demás hacían muchas porquerías y nunca se terminaban lo que tenían en el plato.

Después de cenar, Rita les dijo que hicieran los deberes.

—¡Ya los tenemos hechos! —contestaron el padre y la madre como una sola voz.

—¡Son unos mentirosos! —gritó la tía Prudencia.

Los padres la miraron con rabia. El abuelo se encogió de hombros.

La primera media hora pasó sin conflictos. La mesa del comedor, llena de libros y de

mapas, parecía la de una biblioteca. A los cuatro se les veía bastante aplicados. Pero duró poco. De pronto, la tía Prudencia empezó a lloriquear.

—¡Me han dado una patada en la rodilla!

El padre hizo unos garabatos en el cuaderno de la tía y la madre le echó un tintero encima. Al abuelo le dio un ataque de risa y después, hipo.

—¡Basta ya! —Rita estaba muy enfadada—. ¿Es que siempre tenéis que acabar así? ¡Se acabó! ¿Os habéis enterado? ¡A dormir!

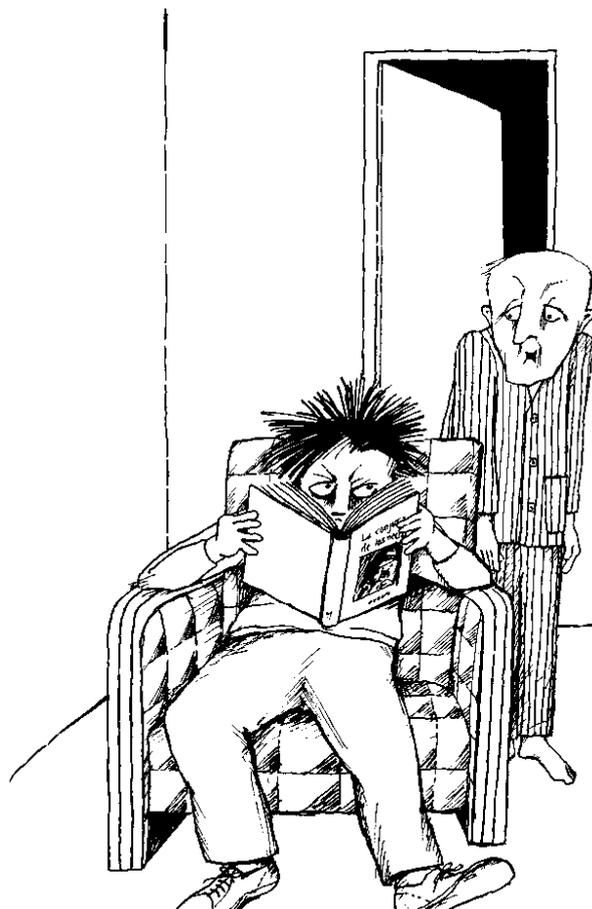
Todos protestaban. Sobre todo la tía, que era la verdadera víctima.

—¡Eso no vale...!

—¡He dicho que a dormir en seguida!

Rita repartió algún que otro cachete y así acabó todo.

Ahora quizá podría leer tranquila.



Pero no habían pasado ni cinco minutos, cuando apareció el abuelo por la puerta del comedor. Iba en pijama y descalzo.

—Rita... —dijo muy bajito, con voz suave—. Rita, guapa... ¿Nos cuentas un cuento?

Cuando Rita lo vio con aquella carita de ángel, como si no hubiera roto un plato en su vida y a punto de resfriarse, sonrió.

—Pero, abuelo, ¿qué haces así? ¿Quieres coger una pulmonía? Anda, corre, vete a la cama... Ahora mismo iré a contaros un cuento.

Los cuatro se habían metido en la cama de Rita y estaban pendientes de sus labios.

—Hoy os contaré... «El cuento de Gaspar».

—¡Viva...! ¡Shhh! Empieza.

—«Había una vez un hombre que se llamaba Gaspar. En su casa siempre comían

cocido... A Gaspar el cocido le gustaba muchísimo...»

—¿Siempre comían cocido? —preguntó la tía.

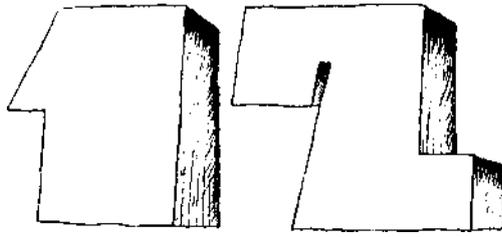
—Siempre... «Pero llegó el día en que Gaspar se hartó de comerlo y ya no lo quiso nunca más. Y, claro, sin cocido, Gaspar fue adelgazando, adelgazando... No podía comer otra cosa porque en su casa no había nada más que cocido... Y tanto adelgazó que ya casi parecía un fideo. Y, un mal día, Gaspar soltó un ¡Paff...!! muy débil, como si se hubiera desinflado, y se murió...»

—¡Ohhh...! —exclamaron todos asustados.

—Y ahora, señores míos, a dormir... ¡Y cada uno en su cama! Buenas noches y hasta mañana. Ya sabéis que hay que madrugar...

—Hijita, ¿podemos dormir juntitos mamá y yo? —preguntó tímidamente el padre.

—No. Hoy os habéis portado muy mal... Me habéis hecho enfadar demasiado. ¡Hoy dormiréis en camas separadas!



«*Pisum sativum*»

Tirabeque era un pueblo muy pequeño, situado en lo alto de un despeñadero. A los pies de la cordillera se extendían las turbias aguas de un gran pantano. Por los alrededores se alzaban grandes bosques de pinos, hayas y encinas.

En la casa más ruinosa de Tirabeque vivía Ció, una vieja enjuta, de piernas secas como dos cañas. Su cara, curtida por el viento, estaba surcada por mil arrugas. Tenía los ojos como bocas de pozos secos. Ció era una campesina centenaria que aún iba y venía ligera por su huerto. Un huerto demasiado grande, que se extendía desde la parte trasera de la casa, hasta el borde del despeñadero.



A primeras horas de la mañana ya removía la tierra con una azadita oxidada. Antes de comer, arrancaba las hierbas malas y aplastaba los caracoles, las babosas y otros malos bichos. A media tarde, regaba sus matas de guisantes. Puede decirse que el huerto de Ció no era más que un extenso guisantal que sólo producía en la época de los guisantes. El resto del tiempo quedaba abandonado a la buena de Dios y entonces, los caracoles, las babosas y los malos bichos, campaban por él a sus anchas. Además del huerto, tenía dos cabras, cinco gallinas y una coneja con pocas ganas de parir.

El día que aquellos señores subieron a Tirabeque y rodearon la casa de Ció con sus cochazos, lucía un sol desvaído sobre las montañas. Un sol que no se atrevía a penetrar la espesa niebla que yacía perezosa sobre el pantano.

Ció no hizo ningún caso de los coches, ni de los señores bien vestidos, ni de los extraños aparejos que descargaron, ni de sus gafas de gruesos cristales. Bastante atareada estaba con los riegos, el agua del pozo y las matas de guisantes.

Los cinco señores vestían chaquetas blancas, pantalones grises y sombreros tornasolados. El más bajito de todos, el señor Murdock, parecía el capitoste.

—Seguro que se trata de este guisantal de mata baja. El plano Tirabeque-U, así lo indica.

—¡Esto parece abandonado! —exclamó Mornin—. Y, ¿quién será ese esqueleto viviente?

—¡Eh, oiga, buena mujer! Murdock la llamaba desde el borde mismo del huerto por miedo a embadurnarse los zapatos de barro—. ¿Es de alguien esta plantación de «*Pisum Sativum*»?

Ció, como si oyese llover, seguía inclinada sobre sus matas de guisantes.

—Esa brujita está más sorda que tu, Roney —dijo Cassidy que se creía muy bromista.

Roney puso cara de pocos amigos, se limpió las gafas y la nuez del cuello se le movió como un caracol.

—Vale más que os calléis —dijo Murdock—. Me acercaré a ella y veremos a ver si saco algo en claro. Esperadme.

Mornin, Cassidy, Roney y Conquest, se sentaron en un poyete de piedra adosado a la casa. Murdock saltó la cerca de madera y, ya sin temor a enfangarse, echó a andar por entre las matas de guisantes y los surcos. Ció, al oírlo llegar, se enderezó lentamente, como un boj a punto de partirse, y esperó al forastero.

—Escuche, abuela, ¿es de alguna este guisantal «macrocarpum»?

Ció fijó su seca mirada en Murdock y se limpió las huesudas manos en su delantal de cuadros grises y negros.

—Es mío —dijo—. Y bien mío ¡De toda la vida! Y hable más claro porque no le entiendo.

Ció dio media vuelta y vio que la niebla del pantano aún no había subido. En la nuca lucía un pequeño moño que talmente parecía un cebollino tierno. Murdock se miró los zapatos llenos de barro, se colocó bien las gafas sobre su nariz de patata y sacó unos papeles del bolsillo interior de su chaqueta.

—¡Ya está bien! Traemos una orden superior del Departamento Científico para investigar sus plantas papilionáceas... Aquí la tiene, por si quiere comprobarlo.

Ció miró de reojo a los cuatro hombres que estaban sentados en el banco y dedicó una risita de conejo a Murdock.

—¡Ji, ji, ji, ji...! ¡Qué gracioso es usted! Yo no sé leer ni escribir ni nada de esas cosas... Pero, según veo, ustedes han venido para meter las narices en mis matas de guisantes. ¿Me equivoco?

—En absoluto. Lo ha adivinado —Murdock hizo un gesto paternal y lanzó una mirada de complicidad a sus amigos—. Entonces, si le parece bien, empezaremos nuestro trabajo.

Ció se encogió de hombros y se sonó ruidosamente con su delantal de cuadros negros y grises. No estaba nada de acuerdo con lo que pretendían aquellos señorones, pero como mostraban papeles tan importantes, iban tan limpios y, al parecer, mandaban mucho, ¿qué podía hacer una pobre mujer como ella? Callar. Callar y tragarse la saliva... Desde el momento en que los vio acercarse, no le hicieron ninguna gracia... Con aquellos aires de ciudad que no sabían disimular... Tan sabidos, creídos, suficientes y poderosos... Y hay que ver qué cosas decían... Seguro que hablaban de porquerías... ¿Qué se habrían creído? Les dejaría que husmearan un poco, pero si le hacían perder los estribos, los enviaría a paseo... Y si era necesario, llamaría a los perros de Dropo. Ya verían lo que es bueno...

Murdock se había reunido con los demás. Intercambiaron unas cuantas palabras que ella no pudo oír. Se colocaron unos extraños aparatos colgando del cuello, parecidos a regaderas con muchos espejitos. Después, entraron en el huerto. Llevaban guantes como los de ir a las fiestas, pero diferentes. Y unas pinzas de plata. Y muchos hilos enrollados en las orejas, que se enredaban en las hojas y los tallos de los guisantes. Parecían el médico de Esquirol cuando subía a visitar a los enfermos de Tirabeque una vez por semana... No paraban un momento de mirar a través de aquellos espejitos. Auscultaban los guisantes, los olían... ¿Qué estarían haciendo? Ció los observaba cargada de paciencia. Si arrancaban o pisaban una sola mata, la iban a oír... Aquellos cinco payasos le estaban cargando demasiado.

Roney lanzó un grito de sabio y empezó a saltar como un loco.

—¡Sí, sí, sí...! ¡Tenían razón! Tirabeque-U no engaña!

Los demás se acercaron a él corriendo, pisando matas y guisantes. Todos miraron, a través de las regaderas, la vaina de guisantes que Roney sostenía con las pinzas. Estaban verdaderamente eufóricos. Reían, plenamente satisfechos de lo que habían descubierto. Pero Ció no. La buena mujer tenía cara de coneja preñada cuando alguien le hurga el nido.

¡Basta, señores, ya está bien de hacer el payaso en mi huerto! ¡O se van ahora mismo o llamo a los perros de Dropo para que los echen!

Los señorones, sin hacer caso de los gritos de la vieja Ció, arrancaron una mata de guisantes y la pusieron dentro de una caja metálica. Lo hicieron con mucho cuidado, como si se tratara de una cosa sagrada, y la transportaron entre los cinco, despacio, como se lleva el ataúd de algún familiar.

Salieron del huerto, pisando más matas de guisantes, y depositaron la caja en uno de los cochazos. Todos estaban nerviosos, casi febriles. Conquest sujetaba la caja, Cassidy tiraba de unos hilos eléctricos del motor del coche, Roney empalmaba aquellos hilos a los dos extremos de la vaina de guisantes, Mornin miraba a través de los espejitos de la regadera y Murdock hacía cálculos con un aparato que emitía unos sonidos ridículos. Después, como petrificados, todos esperaron, mientras Ció seguía amenazando con llamar a los perros de Dropo.

Pasaron unos segundos sin que ocurriera nada. Los cinco hombres estaban pendientes del coche, de la mata de guisantes y de unos relojes grandes como despertadores que consultaban continuamente. Pero no pasaba nada. Ció estaba furiosa, fuera de sí, llamando a gritos a los perros de Dropo, que no aparecían por ninguna parte.

—¡Qué guarrada...! ¡Arrancar una mata de mis guisantes sin ton ni son! ¡Y atreverse a hacerlo delante de mis narices! ¡Hacerme eso a mí, a una mujer que nunca ha hecho daño a nadie... que se ha pasado toda la vida metida en Tirabeque, cultivando guisantes, cuidando de su marido enfermo (que en paz descanse) y del ganado...!

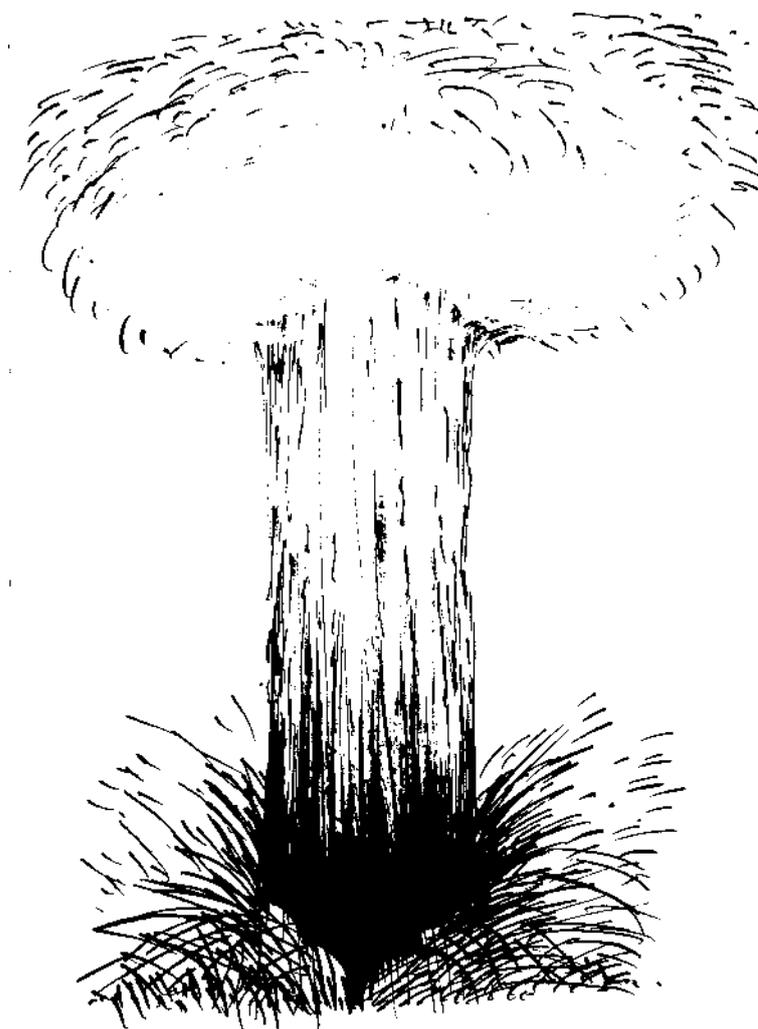
—¿No se podría morder la lengua esa vieja? —gritó Cassidy muy nervioso.

Los demás le hicieron callar. Había que esperar la reacción de los guisantes y del coche. Pasaron unos segundos más y el motor empezó a funcionar normalmente, sin que nadie hubiera tocado las llaves de contacto. El coche se ponía en marcha solo gracias a la energía que suministraba la vaina de guisantes.

—¡Es fantástico! —exclamaron los cinco a la vez—. ¡Es maravilloso! ¡Es...!

Pero el motor del coche funcionaba cada vez más deprisa. Hacía un ruido muy extraño, muy fuerte... Un ruido espantoso... Todos se apartaron del coche, espantados...

¡PATAPUUM! ¡CRAACK! ¡XUUUOOM!



¡BOOOOOOMMMM! El coche estalló y saltó por los aires hecho pedazos, levantando una humareda de fuego en forma de seta... La vegetación se estremeció y todos los animales corrieron a esconderse. La explosión retumbaba por toda la cordillera y la seta de fuego y humo subía majestuosa por el espacio... El aire se había espesado y desprendía un desagradable olor metálico.

Los investigadores, que se habían escondido detrás de grandes piedras, empezaron a asomar la cabeza. Sus rostros estaban negros como el carbón y sus gruesas gafas habían saltado hechas pedazos.

Ha sido un éxito... —pudo decir, al fin, Murdock.

Cassidy, Roney, Conquest y Mornin, empezaban a reaccionar. Incluso consiguieron reír.

—¡Ha sido un éxito! —repetían como autómatas.

Se acercaron con pies de plomo al enorme agujero que la explosión había abierto en el suelo. Los otros dos coches habían sido proyectados lejos, con los cristales rotos, muy abollados y cubiertos por una capa de polvillo negro. La cerca de madera del huerto había quedado carbonizada, las paredes de la casa, llenas de grietas...

La pobre Ció, más muerta que viva, estaba sentada en medio del guisantal, como una piedra negra. Respiraba entrecortadamente y temblaba de miedo.

Murdock fue en busca de la vieja y la encontró allí, inmóvil. La levantó con cuidado y la abrazó. La besuqueaba enloquecido. La mujer, hecha un guiñapo, no comprendía nada.

—¡Abuela, pronto será usted la mujer más rica del mundo! ¡Su huerto es una mina extraordinaria...! La clase de guisantes que usted cultiva, da una legumbre redonda,

pequeña, verde, fina, maravillosa, llena de una sustancia que se llama uranio y que es capaz de generar cantidades industriales de energía... Ya lo ha visto... ¡Qué explosión tan magnífica...! Con esa energía se puede poner en funcionamiento todas las máquinas y aparatos del mundo... ¡Es un descubrimiento revolucionario...! ¡Ah, buena mujer, la llevaremos a vivir a la ciudad y convertiremos Tirabeque en un vastísimo campo de guisantes de esa especie! ¡Esto será una mina de oro...! ¡Y usted será la reina! ¡Es usted rica!

Ció estaba aterrada. No hacía más que temblar ante aquellos hombres enloquecidos. La aterrizaron las explosiones y aquel humo tan espeso... Tenía miedo de todo y no podía ni hablar... ¡Rica...! ¡Rica...! ¡Aquellos tipos no sabían lo que se pescaban! ¡Carcamales! ¡Se habían vuelto completamente locos! ¡Habían perdido la cabeza!

Estaba tan mareada que quería gritar y no podía... Si los perros de Dropo no llegaban en seguida, ella se volvería perra salvaje y se liaría a mordiscos con todos... Los mordería con rabia, aunque sólo tuviera tres muelas picadas y un diente... Sí, cuando se sintiera con fuerzas, se lanzaría sobre ellos y los mordería. Los mordería hasta que se fueran de Tirabeque con sus cochazos y nunca más volvieran a poner los pies allí... Así no volverían a estropear su querido huerto de guisantes... Sus queridos guisantes, que no hacían ningún daño a nadie... hasta que llegaron esos tipos y empezaron a hurgarlos... Ella ya les había advertido que no tocaran los guisantes...

¿Qué se habían creído...? Pero ahora estaba tan cansada...

Ció yacía como un saco de patatas en el asiento de atrás del coche que conducía Cassidy.

—La vieja ha cogido la enfermedad de los conejos... ¡Ja, ja...! ¡Está como atontada!

—¡Calla! —cortó Murdock que estaba sentado a su lado—. Y conduce bien, que hay mucha niebla.

Conquest, Roney Mornin iban en el otro coche. Los portaequipajes de los dos automóviles iban cargados de matas de guisantes.

Sin cristales en las ventanillas y con las carrocerías bastante averiadas, tenían que ir muy despacio y pasaban mucho frío. El sol se había despeñado ya tras la cordillera y la niebla espesa del pantano había ido subiendo como el vapor de una caldera hirviente. Hacía mucho frío. Los faros encendidos de los coches penetraban en la niebla que invadía la carretera.

Siete kilómetros antes de llegar al pueblo de Esquirol, en un recodo sobre el acantilado, y en el momento más inesperado, los dos coches estallaron estrepitosamente y volaron por los aires en medio de una nube de fuego. Por unos momentos, en Esquirol pareció que era de día. Todo el cielo se había incendiado.

Al día siguiente nadie pudo encontrar los restos de aquella horrible explosión. Las únicas señales eran una gran extensión de bosque chamuscado y la total desaparición del recodo de la carretera donde el accidente se había producido. De los coches y de sus ocupantes no quedaba ni rastro...



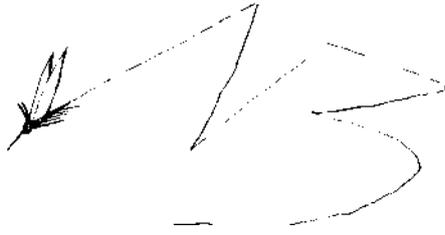
...Pero Cío llevaba la cara muy limpia y los cabellos de miel. Iba vestida de un blanco deslumbrante y yacía entre las nubes de algodón. En la espalda le apuntaban dos alas sedosas y blanquísimas.

—Ha pasado lo que tenía que pasar. ¡Ya les advertí que no tocaran mis guisantes! Pero se creían unos sabios muy sabios... Vaya usted a saber a dónde han ido a parar... ¡Por aquí no los he visto! ¡Les está muy bien empleado! ¡Que paguen las consecuencias de meter las narices en lo que no es suyo! ¡Ay... qué ligera me encuentro...! Y llevo una dentadura nueva...

Quiso tocarse los dientes, pero no se sentía ni los brazos, ni las manos, ni las piernas...

Batió las alas y se alejó volando, como un copo de nieve.





Mosquito Culex

En el castillo de Guanamunto, cuando la cabeza de
presente las ruinas, me picó un mosquito. Un picotazo que hizo brotar la sangre en el lado de la cabeza derecha. Se me inflamó el ojo. Otro mosquito me clavó su aguijón en el
de mar. Me encontré desahogado, débil, sin fuerzas.

el orificio, encendido como un volcán.
 abierto en el lóbulo de mi oreja derecha.
 Era el mismo mosquito que ya me había
 picado dos veces.
 Había engordado mucho.
 A partir de aquel momento, el mosquito
 ya no me dejó tranquilo. Apenas me
 distraía, volvía a picarme en el mismo
 sitio.
 Chupaba unos sorbos de sangre
 con su trompa larga y gruesa y
 revoloteaba haciendo un ¡Zurrrrrrrrr!
 infernal. Yo me quedaba como un trapo
 estirado: más delgado, más ligero, más
 poca cosa que nunca. Cada vez que Culex
 volvía a atacar me parecía más
 inmenso, más gordo, más
 descomunal. Yo era raquítico, más
 pequeño...
 Esta guerra duró un mes.
 Durante todo este tiempo, Culex
 llegó a pesar 25 kilos y ya
 podéis imaginaros el volumen que
 desplégaba. Yo me quede tan
 endeble que mengie tanto, que ahora soy
 más pequeño que un gnomo. Podría vivir
 dentro de una caja de cerillas.
 Pero mis padres me han
 hecho una casita donde
 no falta detalle.
 y lo escribo en
 microfilm.

me encontré cara a cara con otro mosquito mucho más grande.
 me acordaba de mi caso.
 (Gus si me hubiera engordado al día siguiente, pasándolo)

EL MISTERIO DE BUSTER KEATON

Las cosas que parecen normales
y simples, casi nunca lo
son en la realidad.

Las letras y las palabras se mueven
solas, se alargan, se encogen,
crecen, vuelan...
y muchas son difíciles de cazar.

El trece es un número mágico, y
trece son los cuentos de este libro:
la revolución del abecedario,
la maestra que prohibía usar gomas,
el cordero que no se dejaba esquilar...

El miedo a veces da risa
y la risa a veces da miedo.
Entonces... empieza el juego...

A partir de 9 años.

